

TRANSFORMACIONES CULTURALES
Y
UNA AGENDA LATINOAMERICANA

CARLOS FUENTES



FORO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES
VALPARAISO
CHILE

PRESENTACIÓN

El Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso presenta su Cuaderno número VII, destinado a dar difusión a dos conferencias que el escritor mexicano Carlos Fuentes dio en años recientes en Chile. Los Cuadernos del Foro Valparaíso, antes de éste, han difundido textos de David Held, Anthony Giddens, Manuel Castells, Raúl Allard N., Gøsta Esping-Andersen y Felipe Herrera.

La primera de las dos conferencias que incluye el presente Cuaderno fue dada por Fuentes en la Pontificia U. Católica de Valparaíso, el 26 de marzo de 2004, se titula “Una agenda Latinoamericana”, y va seguida del diálogo que el escritor mantuvo con el público presente en la ocasión. Esta conferencia fue organizada por el Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso y la Comisión Bicentenario. En cuanto a la segunda conferencia, titulada “Transformaciones Culturales”, fue dada por Carlos Fuentes en 2004, en La Moneda, como parte del programa Conferencias Presidenciales de Humanidades, que tuve el privilegio de coordinar durante el gobierno de Ricardo Lagos. Esta conferencia va seguida también de la conversación que Fuentes mantuvo con el público asistente. En atención a la denominación de cada una de las conferencias, el título general de este Cuaderno es “Transformaciones Culturales y Una Agenda Latinoamericana”.

Enorgullece al Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso incorporar este nuevo título a sus Cuadernos, y esperamos que, tal como aconteció con los anteriores,

su publicación contribuya a avivar la reflexión y el debate que se requiere sobre los procesos culturales que se viven hoy a nivel del país, del continente latinoamericano y del planeta en su conjunto.

Agustín Squella
Presidente
Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso

ÍNDICE

UNA AGENDA LATINOAMERICANA	Página 9
Diálogo con el público	19
TRANSFORMACIONES CULTURALES	33
Diálogo con el público	55

UNA AGENDA LATINOAMERICANA

Agustín Squella: estimados amigos y amigas, muy buenos días. Tenemos con nosotros al escritor Carlos Fuentes, con quien hablaremos sobre una agenda para América Latina. Él se encuentra en Chile desde hace ya una semana, por invitación del Presidente de la República, para intervenir, como hizo el miércoles pasado, en el programa de Conferencias Presidenciales para Humanidades. Sin embargo, él ha sido tremendamente generoso con su tiempo y ha realizado varias otras actividades entre nosotros; sin ir más lejos, la presentación de dos de sus libros y la última de las actividades públicas que él cumple con motivo de su visita es precisamente ésta, en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Una actividad, como se señaló, organizada en conjunto por la Comisión Bicentenario y el Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso, instituciones que agradecen a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, en la persona de su rector Alfonso Muga, el poder tener este encuentro en este antiguo y prestigioso recinto universitario.

Permítanme decir dos palabras sobre la Comisión Bicentenario y el Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso. La Comisión Bicentenario, como ustedes saben, fue constituida por el Presidente Lagos con el propósito de reunir allí no sólo a representantes gubernamentales, sino preferentemente a agentes de la sociedad civil, a agentes ciudadanos, con el propósito de instalar un lugar de reflexión de cara a lo que va a ser la celebración del bicentenario de nuestra independencia a finales de esta década y, precisamente, es en representación de esa Comisión Bicentenario

que nos acompaña hoy Cecilia Serrano.

El Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso es una corporación nueva, creada en Valparaíso, hace menos de un año, por un grupo de académicos vinculados de alguna manera a la ciudad de Valparaíso y que tiene por finalidad promover la reflexión y la discusión en el ámbito de las ciencias sociales, sumando esta iniciativa académica a tantas otras que en el último tiempo han florecido en Valparaíso en el ámbito cultural y también artístico, dándole una nueva y mejor vitalidad a esta ciudad que todos tanto queremos. En representación del Foro, está su Director Ejecutivo Crisóstomo Pizarro, acompañándonos en esta mesa. Y si la Comisión Bicentenario y el Foro Valparaíso necesitaban de una mínima introducción o presentación, ninguna presentación necesita por supuesto Carlos Fuentes, quien está aquí para conversar acerca de lo que él ha llamado una agenda para América Latina.

Le agradecemos enormemente por esta nueva y última actividad pública en nuestro país, aunque esperamos que en el futuro haya otras actividades tuyas entre nosotros y, nada más dicho eso, dejaré con la palabra a Carlos Fuentes, luego de lo cual se dará inicio a un diálogo con ustedes a propósito del tema que nos reúne.

Carlos Fuentes: Muchas gracias, mi querido amigo Agustín Squella, Cecilia Serrano y señor Crisóstomo Pizarro. Es un gran honor estar en este Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso y dialogar en torno al tema de una Agenda Latinoamericana.

Todos estamos en la historia. No podemos escapar de ella, ni de sus preguntas. Porque la historia contiene una pregunta para cada ser humano y para cada época: ¿Cómo nos instalamos en el mundo? Sólo podemos aproximar una respuesta si antes comprendemos que hay un mundo creado por el ser humano, pero también un mundo creador del ser humano. Ello nos muestra dos cosas. Una, que el pasado jamás está concluido, en la medida en que el pasado también tuvo presente e imaginó futuro. La otra, que el futuro no concluye nunca, pues en palabras del gran filósofo español Emilio Lledó, el futuro, la historia, es horizonte de voluntad. Habría que perder la voluntad para concluir la historia y por más dolorosa que sea la historia, advirtió Nietzsche, más doloroso aún sería no tener historia. Con razón afirma la eminente historiadora de la Real Academia de Madrid Carmen Iglesias, que la tarea del historiador no es dar por concluido el presente, sino

mantener abierto el futuro. Pero ello precisa que todos seamos miembros de una comunidad del recuerdo, y ello requiere que seamos también comunidad de la esperanza, situados en el presente, que es donde se dan cita la memoria, el pasado y el deseo, el porvenir. El presente nos ofrece un repertorio de posibilidades que esta mañana me atrevo de manera necesariamente limitada a enunciar como agenda mínima del tiempo latinoamericano.

Agenda política: el arco democrático y la posibilidad de manifestarse públicamente han crecido notablemente, pero aún hay mucho por hacer. Las excepciones de la justicia y la fragilidad del derecho, ponen en peligro a nuestras democracias, en menoscabo de una cultura de la legalidad. Hay impaciencia, hay nostalgias autoritarias. ¿Por qué la democracia nos da libertad política, pero no nos da empleo, salud, seguridad? Preguntas a veces injustas, pero tanto actuales como activas. Nos amenaza el espacio del desencanto, se requieren reformas que conduzcan a más empleo, más producción, más educación, más vivienda, más salud, pero ello requerirá fortalecer las instituciones públicas capaces de hacer operativas las reformas. Éstas requieren el concurso de la sociedad civil y del sector privado, pero no pueden privarse de la acción del Estado. Las políticas de apertura vaciaron de mucha paja inútil a los Estados latinoamericanos, que muchas veces eran simplemente grandes pero no fuertes. Una sociedad civil y de mercado sana, en cambio, requiere un Estado no grande, sino fuerte. Se requiere autoridad para no volver a caer en el autoritarismo. Todo ello fortalecerá el mercado mismo, que será tan fuerte y eficaz como el marco jurídico general en el que actúe.

Agenda cultural: los latinoamericanos buscamos afanosamente, durante los dos últimos siglos, la identidad que nos situase en la modernidad. Hoy siento que sabemos quienes somos. Un mexicano, un chileno, un brasileño, no dudan de su propia identidad. Tenemos una identidad confirmada. Nuestro desafío latinoamericano ahora es pasar, y lo decía hace unos días en La Moneda, pasar de la identidad ganada, a la diversidad, a la diversidad que aun nos falta conquistar, diversidad política, religiosa, sexual, cultural.

Agenda educativa: la cultura está hecha de vasos comunicantes y la educación —alfa y omega de la cultura— debe proponerse obtener la calidad sin negarle a nadie el derecho al desarrollo de sus capacidades, su inteligencia para tomar decisio-

nes propias, su sentimiento de la dignidad personal, de la potencialidad creativa de cada uno de los jóvenes hombres y mujeres de nuestro continente. Todo esto es el regalo de la educación: continuidad de la memoria, continuidad de la razón, continuidad de la imaginación, continuidad de la capacidad de comunicarse con los demás. Si sabemos esto, podemos preguntarnos por qué hay más de mil millones de adultos iletrados en el mundo, 200 millones de niños sin escuela y 100 millones de niños que abandonan los estudios en los grados primarios. ¿Por qué cuentan las naciones del sur con el 60% de la población mundial de estudiantes y sólo el 12% del presupuesto mundial para la educación? 12% de presupuesto, 60% de población... Y por qué —se preguntan Federico Mayor y Paul Wolfenson—, no puede el mundo reunir los 9 mil millones de dólares que bastarían para cubrir las necesidades de educación básica de todos los niños del tercer mundo. Acentúo el tema, porque en el mundo actual la educación es base del conocimiento, el conocimiento es base de la información, y la información es base de la producción. No hay producción sin educación. Sabemos, al mismo tiempo, que la base de la desigualdad es la exclusión del sistema educativo y que el arco de la educación se encuentra en estado de expansión constante, dado que abarca desde la educación elemental de los niños a los procesos de la educación media y superior, y ahora a la educación vitalicia, puesto que una persona, en un mundo de cambios tan rápidos y constantes, no puede darse el lujo de poner fin a su educación al graduarse. La vida profesional, la ciudadanía, la existencia, nos van a exigir seguir aprendiendo, seguir educándonos hasta el último día de nuestras vidas. De ahí la importancia de la educación y de los grandes avances de la tecnología, que recientemente el presidente Chirac y el canciller Schroeder han puesto a la cabeza de la agenda de cooperación francogermana. El ex presidente Bill Clinton nos da este prodigioso dato, dice: “cuando asumí la presidencia en enero de 1993, sólo había 50 sitios en la red de información mundial. Cuando salí de la presidencia ocho años más tarde, había trescientos cincuenta millones”. De 50 a 350 millones en solo 8 años. Calculemos el salto que nos espera en los próximos 10 o 20 años. La globalización de los procesos de información conlleva una novedad extraordinaria y no es otra que la de la universalización de los derechos humanos. Pensemos en épocas muy recientes, en que las violaciones y los violadores de los derechos del hombre podían esconderse en las sombras de la impunidad. Hoy esto ya no es posible. Los

crímenes de lesa humanidad reciben inmediata publicidad mediante los canales de información, las acciones de la sociedad civil y los grupos de defensa de los derechos humanos. Hoy todos sabemos lo que ocurre en otras partes y quienes tratan de ocultarlo tapan el sol con un dedo.

Educación, información, desarrollo. Esta triada de la globalización se apoya desde luego en la naturaleza, abundancia y destino de los procesos de inversión y desarrollo.

Agenda económica y social: el movimiento antiglobalización que se manifiesta en las puertas de Praga y Seattle, Cancún y Davos, se funda en la oposición de millones de seres humanos que se sienten excluidos de la abundancia que globalmente les transmiten las imágenes de la publicidad, el cine y la televisión. Desencantados por las disparidades que les anuncian, el que sale del ascensor social ya no vuelve a entrar. Estos movimientos antiglobalizadores se parecen a los de los luditas, los seguidores del Ned Ludd, en el principio de la revolución industrial en Inglaterra a fines del siglo XVIII, principios del XIX, que destruían las máquinas que supuestamente dejaban sin trabajo a las ocupaciones tradicionales, al artesano y al campesino. El movimiento ludita no detuvo la ola industrial; las manifestaciones actuales tampoco van a detener la marea de la globalización, pero pueden contribuir a algo muy importante, a darle un rostro humano y un marco político y legal, porque si no le damos legalidad a la realidad nos ahogaremos todos, fuertes y débiles. Legalidad a la realidad, si no le damos la cara a las graves injusticias del mundo en el que vivimos. Un mundo en el que la mitad —¡la mitad!— de sus habitantes, hablo de tres mil millones de personas, vive o sobrevive con menos de dos dólares diarios; un mundo en el que el 20% de la población consume el 86% del Producto Mundial; un mundo en el que 40 millones de personas mueren de hambre cada año; un mundo en el que una hamburguesa en Chicago cuesta sólo 10 minutos de trabajo y en Nairobi cuesta 4 horas de trabajo. Un mundo en el que en Europa se consume en helados 11 mil millones de dólares anuales, suficiente para dar cuenta de las necesidades básicas de educación en los países al sur del mediterráneo y al este del Mar Muerto. Un mundo en el que los norteamericanos consumen en cosméticos 8 mil millones de dólares al año, mismos que cubrirían las necesidades de agua y salud de los países al sur del río Bravo. ¿Acaso

no tienen razón, tanto el actual como el anterior presidente del Brasil, cuando uno, Lula, pide la creación de un comité internacional contra el hambre y otro, Cardoso, pide un nuevo contrato internacional entre Estados, al servicio de los pueblos, a fin de globalizar la solidaridad? ¿Acaso no tiene razón Ricardo Lagos cuando pide una globalización positiva, basada en paz y justicia internacionales, diversidad cultural, extensión del conocimiento, protección del medio ambiente y regulación de las transacciones económicas internacionales?

Mucho se ha criticado la inversión especulativa, atribuyéndole numerosas rítmicas y embriagantes crisis, efecto tequila, efecto samba, efecto tango. Son las inversiones golondrinas guiadas por el lema de Arnold Schwarzenegger, “hasta la vista, *baby*”. O “si te vi, no me acuerdo”. Bienvenida, en cambio, la inversión productiva, que crea empleos, reinvierte utilidades, conlleva conocimiento técnicos. Por bondadosa que pueda ser, la inversión foránea no basta sin la voluntad interna de emplear eficazmente nuestros recursos propios. No habrá globalización que sirva sin localización que valga.

Capacitar trabajadores, fomentar la reconversión laboral, ampliar el acceso al crédito, la asistencia técnica y los sistemas de comercialización y distribución de los pequeños productores. Atender en primer lugar, como solicita con lucidez el empresario mexicano Carlos Slim, al sector interno de la economía, impulsar la vivienda, la infraestructura, la nutrición, la salud infantil, la educación, el sector agropecuario, pues –arguye Slim– la pobreza no crea mercado. Y fortalecer el mercado interno significa proporcionar a la población mejores empleos y mejor pagados, así como el acceso al mercado de bienes y servicios. Significa atender –tema insistente del economista peruano Hernando De Soto– la legalización de millones de pobres asentados sobre tierras y habitaciones sin títulos que les den seguridad y les permitan liberar inmensos recursos ocultos en la economía subterránea de la América Latina. Y propone preguntarse cómo conciliar las repetidas proclamas, prácticamente religiosas, a favor del libre comercio, con el incremento de prácticas restrictivas del mismo.

¿Puede haber una sana mundialización económica si persiste la voluntad de mantener el proteccionismo? No es ajeno ese tema al que le sigue. ¿Por qué en el mundo globalizado circulan con mayor libertad las cosas y con menor libertad

las personas? ¿Por qué cuesta tanto entender —y ese es un tema que afecta particularmente a la relación entre México y los Estados Unidos— que los trabajadores migratorios no le quitan trabajo a nadie, sino que ocupan los sitios laborales indispensables, pero son despreciados por las economías desarrolladas? Transporte, restauración, trabajo agrícola, servicios médicos, trabajo doméstico; sí, nanas y jardineros, pero también cada vez más obra en el tercer sector, las profesiones y los servicios, al grado de que en los Estados Unidos sólo en el estado de California, el poder adquisitivo de la comunidad migratoria mexicana ha aumentado en un 65% desde 1990 y, sólo en el condado de Los Ángeles, los negocios de los inmigrantes mexicanos crecieron de 57 mil en 1987 a medio millón en la actualidad, lo cual desmiente las teorías de ese racista enmascarado que se llama Samuel P. Huntington. ¿Por qué tardan tanto, pues, los acuerdos bilaterales en materia de migración?

Agenda femenina: han caído múltiples y añejas barreras al ejercicio de la libertad de elección sexual, pero persisten rasgos profundos de machismo, homofobia y misoginia. Persiste sobre todo, y a pesar de avances notables, la marginación de la mujer. El problema no es sólo nuestro. Mundialmente, las mujeres dan cuenta del 53% del trabajo. Liberar a la mujer de prejuicios, humillaciones, marginaciones, mutilaciones, darle a la mujer acceso a la propiedad, a la herencia, al divorcio, al voto, a las pensiones, al aborto justificado, a hacer, en suma, dueñas de su cuerpo y de su mente. Esta es en Latinoamérica la mejor inversión posible, junto con la educación de nuestros países: la mujer y la escuela. Esto lo digo con convicción en la patria de Gabriela Mistral y de Marcela Serrano.

Agenda generacional: los hombres y mujeres de mi generación creímos haber establecido ciertas normas de vida compaginables con el progreso, el bienestar y la justicia. Hoy la mitad de la población latinoamericana tiene 20 años o menos, 200 millones de jóvenes, más o menos, que no parecen estar de acuerdo con el mundo que les legamos o que, por lo menos, quieren separar la paja del grano y dar cabida a proyectos propios, a ofertas diferenciadas, a espacios creativos nuevos. Millones de jóvenes se oponen a los modelos predominantes, generan culturas juveniles urbanas, se sienten excluidos y aspiran a superar la brecha de expectativas en sus ciudades con disparidades sociales enormes. Lo positivo de este conflicto es que la

cultura emerge como centralidad social, como perfil de definiciones. Nuestros jóvenes no están satisfechos, pero a través del cine y la televisión, de la literatura, de las comunicaciones modernas y de la universalización de los derechos humanos, ya no forman parte de lo que en su día la ensayista argentina Beatriz Sarlo llamó “nuestras culturas periféricas”.

Pasamos pues de la identidad a la diversidad, y esta búsqueda de la diversidad nos liga cada vez más al mundo. La cultura es una avenida de doble circulación: el acercamiento cultural nos identifica y nos enriquece mutuamente. La diversificación nos abre rutas de comunicación, nos indica que sólo seremos lo que somos si somos capaces de abrirnos a lo que no somos.

Agenda internacional: el peligro de que el principio perverso de la guerra preventiva sustituya al principio imperfecto pero positivo de la negociación diplomática, la persuasión y la contención y, sólo en caso extremo y con base legal, la guerra, es que el peligro del principio de la guerra preventiva abra un abismo de caos y violencia tan alarmante como los males que quiere prevenir. La doctrina de la guerra preventiva propuesta por la administración de George Bush tiene funestos antecedentes. Es gemela de la doctrina Breshnev, del derecho a la injerencia y como ésta debilita a los débiles, pero también debilita a los fuertes. Cuando la *hubris* trágica, el orgullo desmedido, los embarca en aventuras unilaterales sin medir la consecuencia de ganar la guerra y perder la paz. Claro que las organizaciones internacionales requieren reformas que las pongan al día, nadie es perfecto, y bien lo dijo el secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld: “la ONU no fue creada para llevarnos al cielo, sino para salvarnos del infierno”. El unilateralismo es la antesala del infierno, pone en jaque la idea misma de la globalización, que es una idea fundada en la multilateralidad. Porque si, por desgracia, puede haber unilateralismo bélico, no puede haber unilateralismo económico. La globalización económica rechaza el unilateralismo político. Bien lo dice Felipe González: aspiramos a un orden internacional construido entre todos, a una gobernanza de la globalización que no provenga de la hegemonía. Y con bienvenida franqueza, ante auditorios de la Universidad de Harvard y otros, Ernesto Zedillo ha asentado que todas las naciones, aún las más poderosas, necesitan el sistema multilateral, en tanto que el unilateralismo sólo aísla y confronta. Nos recuerda el ex presidente

mexicano que las instituciones internacionales al fin y al cabo fueron creadas por los presidentes Roosevelt y Truman, son obra de los Estados Unidos en beneficio de la comunidad internacional, y si son imperfectas, nuestra tarea hoy es perfeccionarlas, no arrumbarlas.

Como pregunta Dominique de Villepin, el brillante ministro de asuntos exteriores de la república francesa: “¿bajo qué reglas vamos a vivir juntos?”. Esa es la cuestión. ¿Cuál será el derecho para el hecho? ¿Cuál será la legalidad que rija nuestra realidad? ¿Con qué políticas, en suma, daremos respuesta a los desafíos de esta tercera globalización? Porque antes hubo otras dos, no lo olvidemos: la que protagonizan Colón y Magallanes en el siglo XVI, y la Revolución Industrial en los siglos XVIII y XIX.

Primero, recordándonos que ni la democracia ni el derecho son dados, reclaman el ejercicio de la libertad, a sabiendas de que la libertad plena nunca es asequible, por el simple hecho de que existe la muerte. La libertad es la lucha por la libertad. Esta concepción que tiene algo de trágico, tan antigua como el teatro de Sófocles, otorga una visión común a los iberoamericanos, concientes como estamos de que el progreso no siempre progresa y de que el ser humano debe conservar un sagrado espacio de resistencia para el fracaso. Los norteamericanos suelen decir “*nothing is so exciting like excess*” (nada es tan excitante como el exceso), y dan ganas de añadir “*except sometimes failure*” (excepto, a veces, el fracaso). Eso lo sabía William Faulkner. Pero gongorino y barroco, Faulkner podría ser, y quizá lo es, un novelista latinoamericano.

Segundo, que no vivimos un conflicto de civilizaciones, sino un conflicto de obligaciones. Las disparidades globales, dentro y fuera del mundo desarrollado, entre gastos bélicos y gastos educativos, entre consumo suntuario y requerimientos médicos, entre la pobreza de muchos y la riqueza de pocos, abre una agenda internacional para salvar al siglo XXI del desastre. En esta agenda, Iberoamérica y el mundo poseen obligaciones propias y compartidas, obligaciones de la gobernanza local, pero también obligaciones de la solidaridad internacional. Superemos los peligros del actual desorden internacional, recobremos la promesa de un nuevo orden internacional.

Gracias.

DIÁLOGO CON EL PÚBLICO

Agustín Squella: *Si ustedes me lo permiten, para hacer las dos primeras preguntas a Carlos Fuentes, después de esta disertación, vamos a dejar con la palabra a la integrante de la Comisión Bicentenario, Cecilia Serrano; a continuación, al Director del Foro Valparaíso, Crisóstomo Pizarro, y luego al público.*

Cecilia Serrano: *Hola, como están, muy buenos días. La verdad ha sido difícil pensar en una sola pregunta para nuestro distinguido invitado, el señor Fuentes, pero yo quiero apelar a su libro El Instinto de Inés, y por lo tanto, preguntarle por su instinto y, en lo concreto, saber cómo ve el futuro inmediato de las relaciones entre la gran potencia mundial que domina todo, que es Estados Unidos, y sus vecinos, entre los cuales está México y los países de Latinoamérica.*

Carlos Fuentes: Bueno, voy a empezar por la segunda parte de la pregunta. Uno escoge a sus amigos, pero no escoge a sus vecinos. Y a México le tocó una peligrosa vecindad. Ahora, lo que hemos aprendido los mexicanos a lo largo del tiempo, es que con los norteamericanos hay que saber negociar, hay que evitar la confrontación hasta donde sea posible, hay que saber negociar, pero hay que saber negociar de pie. Los norteamericanos no respetan a los países que se ponen de rodillas, acaban despreciándolos y pateándolos. A los gringos hay que hablarles mirándolos a los ojos, con nuestras razones, y eso es lo que México ha hecho tradicionalmente. Ha habido muchos momentos de tensión. Si ustedes ven, en las relaciones diplomáticas, México no ha votado contra los Estados Unidos sino

a favor del derecho internacional. Para limitarnos a los casos de la Guerra Fría, a los casos de Guatemala, la República Dominicana, Cuba, El Salvador, Nicaragua, Panamá, siempre hemos tenido una posición independiente, ajustada a la visión del derecho internacional como nosotros la entendemos.

Las presiones sobre México y sobre Chile, lo saben ustedes perfectamente, con motivo del voto en el Consejo de Seguridad sobre la guerra de Irak, fueron tremendas. Afortunadamente, México y Chile –y nuestros delegados, Valdés y Aguilar Sisser– actuaron como mancuerna en defensa de los principios del derecho internacional. Hoy creo, si no Bush –porque sus luces no son muy claras, digamos–, pero yo creo que finalmente los Estados Unidos van a entender que esto ayuda a los propios Estados Unidos, porque se puede ser la mayor potencia militar, incluso la mayor potencia económica, pero llega un momento en que forzosamente se necesita a los demás. Los Estados Unidos necesitan económicamente, socialmente, culturalmente, e incluso políticamente, al resto del mundo. No deja de ser significativo que después del “Trío de las Azores”, que violó radicalmente los principios del derecho internacional actuando de manera unilateral en el caso de Irak, hayan tenido que regresar –sobre todo el gobierno de Washington– a las Naciones Unidas a pedir ayuda a la comunidad internacional, al darse cuenta que por sí solos no van a poder resolver el embrollo innecesario que crearon en Irak. Y digo innecesario, no a favor de un tirano atroz, como es Saddam Hussein, sino lo digo a nombre del derecho. Lo digo a nombre de una desviación catastrófica de la lucha contra el terrorismo que estaba centrada en Afganistán y en ese problema que es el terrorismo sin bandera, sin patria, sin rostro, que es sumamente difícil de combatir, que requiere un ejercicio de los servicios de inteligencia superior, que necesita ir al fondo de los agravios que producen a los terroristas, y en vez, se va a una guerra contra Irak, un país con una dictadura atroz pero sin un solo terrorista. El señor Saddam Hussein no dejaba entrar un terrorista ahí ni para rezarle a Alá, no había terroristas. Ahora los hay; hoy, el lugar de cita del terrorismo mundial se llama Irak, un país que está abocado a la guerra civil, me parece que de una manera fatal, entre las facciones kurdas, sunitas y chiítas. Vamos a ver qué puede hacer la comunidad internacional para salvar a los Estados Unidos del terrible error que cometió con la guerra de Irak y con la esperanza puesta en que en noviembre el Presidente Bush sea derrotado en las elecciones y tengamos a un hombre mucho más equilibrado como John Kerry en la Casa Blanca.

Crisóstomo Pizarro: *Señor Fuentes, primero quisiera decir que usted ha unido su elocuente, persuasiva y potente voz a la de muchos escritores, cientistas sociales y filósofos que quieren otra globalización. La que usted ha bosquejado ahora es muy completa, tal vez debido a las limitaciones de tiempo, ha debido hacerlo muy rápidamente. En otro artículo que usted escribió en Le monde Diplomatique usó una expresión que a mí me conmovió mucho: habló de los modelos angostos y egoístas. Y usted rechazó esos modelos. Nos invitó a oponernos a los dogmas, a diversificar nuestra mirada y a proponer un nuevo orden jurídico internacional. Incluso habló del derecho de gentes creado en la Europa renacentista. Así como usted, hay otras personas que tratan de imaginarse como sería ese nuevo orden. Recuerdo, por ejemplo, el último libro de John Rawls, que se llamó El Derecho de Gentes; recuerdo, por ejemplo, al jurista italiano Luigi Ferrajoli, que alega por un constitucionalismo mundial y yo podría seguir enumerando a muchos otros. Y digo esto porque el Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso quiere unirse a su voz y a la de otros que, como usted y como yo, queremos un mundo mejor, donde esté, primero que todo, el respeto al derecho que nos permita convivir como personas humanas. Por eso lo mío no es una simple pregunta. No podría hacerle todas las preguntas que merecerían una respuesta más detenida, una respuesta técnica. Quiero decir que lo que Ud. ha dicho es lo que nosotros hubiéramos querido decir. Y repito lo que dije al comienzo, muchas gracias por la elocuencia, la persuasión y la potencia de su voz.*

Carlos Fuentes: Esta declaración tan generosa me deja sin palabras. Literalmente. Porque no puedo hacer otra cosa sino agradecer. Quizá, Agustín, corresponda pasar a una sesión de preguntas y respuestas abiertas.

Público: *Quisiera hacerle una pregunta, pero antes contarle que lo hago desde mi condición de estudiante chilena en el extranjero. Estudié en Holanda, un posgrado sobre Lenguas y Culturas de Latinoamérica, con énfasis en la literatura mexicana. Su agenda tiene varios puntos: está la educación, está el rol de la mujer, etc. Cuando usted habla de la mujer yo recuerdo una novela que publicó hace 40 años, La muerte de Artemio Cruz, donde hay un personaje, Catalina Cruz, que en el fondo representa los estereotipos que han sido asignados a la mujer. Una mujer-esposa, que no tiene un rol en la sociedad, a la cual no se le asigna una voz.*

Por eso me llamaba la atención lo último que decía el profesor Pizarro, que usted tiene una voz muy elocuente, que convence mucho. En el año 1985 una escritora, también mexicana, Angeles Mastretta, publica una novela, Arráncame la Vida, donde le asigna voz a Catalina. En ella se le otorga un rol a la mujer dentro de la sociedad, se le otorga la voz. Sin embargo, su crítica hacia la sociedad —no solo mexicana sino Latinoamericana— es que la mujer, a pesar de ser dueña de la voz, no la sabe utilizar, porque la libertad que Catalina alcanza, no alcanza a ser una libertad que permee el ámbito político. Cuando usted se refiere a que potencializar las funciones de la mujer es la mejor inversión en Latinoamérica..., yo no sé, reviso un poco las estadísticas, en cuanto a los premios que se les otorgan a las mujeres en literatura, por ejemplo, las listas de libros obligatorios en la enseñanza media, y la mayoría pertenece siempre a los hombres. Bueno, esto no tiene que ver con una cosa feminista, pero mi pregunta es ¿cómo ve el futuro de la mujer en Latinoamérica, más allá de lo económico, en el ámbito intelectual?

Carlos Fuentes: Creo percibir su pregunta en torno a la situación femenina en América Latina. ¿Y por qué sólo en América Latina? Estaba yo hace exactamente dos semanas en Montreal, en un diálogo público ante un auditorio inmenso, con la escritora norteamericana Susan Sontag, y Susan dijo una cosa que me estremeció y nos estremeció a todos. Dijo “el principal problema social de nuestro tiempo es el de la condición de la mujer”. Como decía yo hace un momento, las mujeres dan cuenta del 53% del trabajo mundial, pero no reciben ni la remuneración ni la dignidad que su esfuerzo merece. Ahora hay avances. Usted citó a Ángeles Mastretta; yo podría citarle que están celebrando a Jorge Negrete en Santiago de Chile y “ay, Jalisco no te rajes”, las pistolas, la cantina y todos esos clichés sobre la realidad mexicana, pero que revelan un fondo de verdad que es el machismo mexicano, el país más machista del mundo, pero ese machismo va en descenso, porque cada vez hay más mujeres educadas, activas en la cultura, en la política. En la política mexicana hay notables mujeres actuando; señalo a Beatriz Paredes, que es del PRI; Amalia García, que va a ser gobernadora del Estado Zacateca, que es del partido izquierda PRD; y podría nombrarle a una enorme cantidad de economistas, antropólogas, trabajadoras sociales, profesoras universitarias, profesoras de primaria y secundaria, que son de una devoción extraordinaria. Hay toda una nueva actividad hacia la mujer, que exige sin embargo, un respeto más acentuado,

más definitivo de parte del conjunto social hacia esa aportación extraordinaria que hacen la mujeres, no sólo en mi país, sino en todos los países del mundo.

Público: *Como colaborador del programa internacional de esta Universidad quisiera hacerle una pregunta. ¿Qué impulso cree que se le podría dar al Mercosur o a la Comunidad Andina para la Integración Latinoamericana y del Caribe? Teniendo en cuenta que el Mercosur está absorbiendo asociados ¿o cree que la gran panacea es el ALCA, el Área de Libre Comercio Americano?*

Carlos Fuentes: Yo creo que en el ALCA hay un profundo engaño. Para empezar, me llama mucho la atención que se haga la proposición de mercado común de Alaska a la Patagonia, cuando el país que propone esta asociación está lleno de barreras proteccionistas, pero hay que preguntarles a los brasileños, a ver si están de acuerdo con estas inmensas barreras proteccionistas que tiene el gobierno de Estados Unidos y que son, hasta cierto punto, inevitables. Si lo estamos viendo en un año electoral, el candidato Bush tiene que hacer una serie de concesiones proteccionistas para ganar el voto de algunos estados, regiones de los Estados Unidos que producen una mercancía que ya no es muy reclamada en el mundo y que pertenecen a la revolución industrial del pasado, pero ya no se adaptan a las circunstancias de la competencia en la era globalizadora. Sin embargo, hay una necesidad política de decirles “mira, yo te voy a proteger tus naranjas y tus limones aunque *le dé en toda la madre* a Brasil, no me importa”. Entonces, hay mucha consideración política en este juego. Parece una promesa un tanto retórica, un tanto vana. Creo más en los acuerdos bilaterales, creo que se puede sacar más jugo de un acuerdo bilateral y, desde luego, creo que es un contrapeso formidable el Mercosur. Creo que hace un contrapeso muy importante, que además le abre una puerta importantísima a América Latina en la relación alternativa económica y comercial con Europa. Nosotros acabamos de celebrar el aniversario del tratado de libre comercio entre México y los Estados Unidos. Han pasado varias cosas. Las exportaciones entre los dos países han aumentado de una manera espectacular, han aumentado en un 180%, o algo por el estilo, al grado que cada minuto cruza la frontera entre México y Estados Unidos medio millón de dólares. Es una relación sumamente intensa, pero los mexicanos cometimos dos graves errores en la negociación: el primero es que no llegamos a acuerdos en materia de migración

y, segundo, de protección al medio ambiente. Yo no pierdo la esperanza de que, si no se revisa el tratado, por lo menos se llegue a acuerdos paralelos al TLC que protejan el medio ambiente y que protejan al trabajador mexicano en los Estados Unidos. Como lo acabo de decir, el trabajador mexicano va a los Estados Unidos porque lo requiere la economía norteamericana.

Un profesor de Harvard dice que sin el trabajo mexicano habría escasez de fruta, de alimentos, habría inflación, habría una serie de problemas terribles en los Estados Unidos, al grado que alguna vez se ha propuesto una huelga de brazos caídos de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos. Bastaría un día que los trabajadores mexicanos se cruzaran de brazos para que la economía de los Estados Unidos prácticamente se destruyera. De manera que es un interés común, el mexicano no quita nada a los Estados Unidos, da mucho más de lo que recibe, porque recibe muy a menudo la discriminación, la violencia, e incluso la muerte. Lo que hace este trabajador es enriquecer a los Estados Unidos. Eso no nos exime a los mexicanos, para serle franco, de la obligación de crear fuentes de trabajo en nuestro propio país, de tratar de arraigar a esos trabajadores en México. Pero el día que no hubiese trabajadores mexicanos para ir a los Estados Unidos, los Estados Unidos tendrían que buscar esos trabajadores en los mares del sur o del polo norte, yo no sé dónde, pero les hacen falta, los tienen que tener.

Tenemos una obligación en México. El trabajador en México no se va sólo por falta de trabajo, se va de sus poblaciones por falta de seguridad, porque está sometido a la injusticia, porque está bajo el puño de un cacique local, porque no hay condiciones de seguridad suficientes para él y su familia. También por eso se va y eso nos plantea el problema que señalaba de crear una cultura de la legalidad en México. Mientras no tengamos la base de una cultura de la legalidad en cada país latinoamericano, vamos a ser naves a la deriva en muchísimos aspectos. Pero volviendo al tema del trabajo, tenemos que ser generosos, tenemos que ser comprensivos, yo propondría inclusive la creación de un sindicato internacional de trabajadores migratorios. Porque el problema es un problema general, se presenta en Europa, se presenta en el continente americano. Yo creo que es necesario llegar a una unión de trabajadores, como la que logró en su momento César Chávez en el estado de California, en defensa de los trabajadores agrícolas mexicanos. El

trabajador migratorio no daña a nadie, el trabajador migratorio incrementa la riqueza del país al cual emigra y merece máximo respeto como trabajador. Son trabajadores, no son criminales.

Público: *El 3 de julio del año pasado Valparaíso fue inscrito como patrimonio de la humanidad. ¿Cuál es su opinión de la opción que debería tomar nuestra ciudad, pensando en que va a disponer prontamente de una cantidad de millones de dólares aportados por UNESCO? Con respecto a su desarrollo futuro, ¿es usted partidario de la miamización de nuestra ciudad o de que esos fondos sean invertidos en las necesidades de una ciudad débil, de una ciudad empobrecida, cuyos muros de contención se deslizan, de una ciudad que tiene tantas necesidades humanas? Es decir, ¿es usted partidario de una ciudad obra para ser vivida por sus habitantes, o de una ciudad producto para ser vendida?*

Carlos Fuentes: Creo que no hay duda en cuanto a la respuesta a su pregunta. Creo que por otro lado se conllevan las dos cosas. Valparaíso es una noble ciudad, un puerto que durante muchos siglos fue escala obligada para comunicarse con el mundo. Me parece extraordinario que todas las novelas marinas norteamericanas del siglo XIX tengan escala en Valparaíso. Constantemente Valparaíso aparece en la carta literaria como el paso obligado para llegar desde Europa a la costa de California, pasando por el estrecho de Magallanes, por el sur, de manera que es una ciudad con historia. Es una ciudad con una noble historia. Esto es muy respetable, esto merece conmemorarse, esto merece recordarse, pero la conmemoración sólo será válida si se resuelven los problemas económicos y sociales de la ciudad, sino será una pura fachada. En eso estoy de acuerdo completamente con usted. En todas nuestras ciudades, lo que más falta nos hace es activar las soluciones desde abajo. Las soluciones propias de la sociedad civil, el empleo del capital humano de nuestros países, de nuestros conglomerados urbanos. No esperar tanto la ayuda del exterior como saber qué podemos hacer con nuestros propios recursos. Agradecer las contribuciones del exterior, pero lo que no hagamos por nuestro propio esfuerzo, nadie lo va a hacer en nombre nuestro. De manera que le concedo totalmente la razón y a todos los ciudadanos de esta maravillosa ciudad, que va a crecer porque es muy fuerte ella, no porque la hacen fuerte otros.

Público: *Buenos días, me gustaría hacerle una pregunta con respecto al plano*

literario, no económico, porque lo he visto con mucho índice económico. Como literato, usted habló de que Latinoamérica tendría una identidad y que ahora falta el asunto de la diversidad. Me gustaría preguntarle y que reflexionara un poco acerca de cuál es la identidad que usted está viendo en Latinoamérica.

Carlos Fuentes: Mire usted, tenemos una triple identidad muy fuerte. Primero tenemos identidad nacionales. Todos sabemos muy bien cual es nuestra historia, cuales son nuestras raíces, a qué grupo humano pertenecemos, las esperanzas que compartimos. En seguida, tenemos una identidad iberoamericana, que nos da la potencia de la lengua. Uno de los ataques de Huntington, este buscador de fantasmas, está relacionado con este punto. A veces los norteamericanos necesitan un enemigo, necesitan a la ballena blanca Moby Dick para salir a echarle arponazos, ahora somos los latinoamericanos. Bueno, tenemos la segunda unidad que nos da la lengua. El compartir la lengua castellana y formar parte de una cultura trasatlántica con España que comparte esa lengua. Fíjese usted que hay una división muy grande entre Inglaterra y los Estados Unidos. Son dos países unidos por el mismo océano y separados por la misma lengua. En cambio, creo que nosotros formamos una unidad extraordinaria. No habría poesía española sin Rubén Darío y sin Pablo Neruda, y no habría poesía latinoamericana sin Federico García Lorca y Antonio Machado. Formamos un conjunto lingüístico extraordinariamente potente. Es el segundo del mundo occidental, después del inglés. Somos nosotros la segunda lengua. Pero somos una lengua con una potencia internacional que asusta a muchos, citaba a Huntington. Hay 30 millones de hispanoparlantes en los Estados Unidos de América. Cuántos angloparlantes hay de México a Chile y Argentina: mucho menos. De manera, que esta presencia nuestra, esta identidad nuestra, nacional, continental e internacional, yo creo que es uno de los hechos más formidables de la historia común de los pueblos de habla española y nos da una fuerza y una presencia en el mundo que nos falta traducir en términos económicos, políticos y, sobre todo, de bienestar en nuestras poblaciones. Porque esa es la base de todo. Que éste no sea un continente de pobres. Que podemos tener todas la riqueza cultural del mundo, la identidad, pero si seguimos sumidos en la pobreza como vive la mayoría, o por lo menos, la mitad de la población latinoamericana, podemos perder los otros valores culturales a los que usted hace referencia.

Público: *Realizo trabajo voluntario en el centro chileno-nórdico de literatura infantil. Allí tratamos que los niños de menos recursos puedan tener acceso a los libros. Para poder conseguir algo en este mundo hay que tener poder, pero los niños pobres no tienen poder. ¿Usted me podría dar una idea de cómo pueden conseguir libros los niños que no tienen acceso a libros? Especialmente estoy refiriéndome a los niños de aquí, de Valparaíso, de las escuelas más pobres.*

Carlos Fuentes: Bueno, usted comprenderá que está hablando con un escritor que vive de la venta de sus libros, de manera que poseo mucho interés de que haya más lectores. Mientras más lectores, mejor vivo yo y mis colegas. Creo que tengo una mentalidad suficientemente moderna, pero que en materia educativa hay muchas otras técnicas actuales de hacer llegar la cultura, incluso la cultura del libro, a los niños, que antes no existía. A veces hay un prejuicio contra las tecnologías modernas, pero cuando uno ve de cerca las posibilidades de educación que representan las tecnologías, en un país de aldeas apartadas, como es México, un país de montañas abruptas, de gran territorio y de acceso difícil, a veces no es muy fácil poner una escuela en determinados lugares, hacer que llegue un maestro. Sin embargo, hoy hay métodos tecnológicos para que la información básica, para que la educación básica llegue a los lugares más apartados. Incluso se ha inventado el *simputer* y éste traduce mensajes escritos a lenguas habladas, incluso lenguas indígenas, imagínese usted. De manera que tener este pequeño aparatito en una aldea de Oaxaca, donde no hay escuela, y donde a veces no se habla español, permite que muchísimos niños reciban lecciones, directamente las escuchen, las entiendan en su propia lengua indígena, y de esta manera, podemos multiplicar el acceso a la cultura, sin despreciar la cultura del libro, pero más allá de la cultura del libro. Porque si despreciamos las tecnologías modernas, es como si despreciásemos la invención del teléfono, del telégrafo, del cine, de la radio y de la televisión. Lo bueno de la técnica es cómo se emplea. Las técnicas son neutras, no son ni buenas ni malas, pero se les puede dar un buen empleo. Y yo espero que en el futuro en la América Latina se dé un salto educativo gracias a un empleo inteligente de las técnicas modernas.

Público: *Yo me voy a referir estrictamente a algunas de las afirmaciones que usted elabora en su discurso. A mi, varias de ellas me parecen bastante cuestionables,*

pero yo me voy a referir solamente a dos de ellas. Usted afirma que hoy la educación es la base del conocimiento, que el conocimiento es base de la información, y que la información es base de la producción. Más adelante, cuando usted se refiere al rol de la mujer en la actualidad la asocia con la escuela y ve usted la apropiación de la mujer de su mente y de su cuerpo, como una inversión. La mujer y la escuela. Mi pregunta es puntual y apelo aquí a su formación como escritor y a su, supongo, vastísima cultura. ¿No cree usted que es una forma muy pobre de ver a la educación y a las mujeres en función de la producción y de las inversiones?

Carlos Fuentes: Yo creo que es muy importante saber que las mujeres trabajan, trabajan mucho, mucho más que los hombres. Creo que es un dato que hay que tomar en cuenta y muy en serio. El aporte del trabajo femenino es uno de los aspectos de la situación de la mujer en el mundo, y yo creo que sobre todo en las áreas más pobres de América Latina las mujeres me darían la razón. “¿Por qué trabajamos tanto y somos tan mal recompensadas?” “¿Por qué no somos dueña de nuestro propio cuerpo?” “¿Por qué se nos imponen toda clase de limitaciones que al hombre no se le imponen?” Ahora si usted quiere extender el concepto de la feminidad casi al concepto de la humanidad, yo estoy de acuerdo con usted. Hay muchísimos otros problemas, simplemente estaba tratando de destacar problemas que me parecen muy evidentes y que requieren solución muy pronto. La mujer es un ser humano y tiene todas las facultades, todos los derechos, todas las virtudes, y a veces todos los defectos, que tenemos los hombres. Pero hay problemas concretos que atender y yo creo que he tocado dos de ellos y no los he tocado frívolamente, créame usted.

Público: *¿Cómo se puede elaborar una agenda latinoamericana sin haber incluido a los indígenas y sobre todo que un mexicano haga esa agenda y que no se los incluya? ¿Por qué?*

Carlos Fuentes: Los pueblos indígenas son los primeros habitantes de este continente. Casi tienen un derecho una primera propiedad sobre las tierras de América. Han sido objeto de conquista, de exterminio, de vejación, de esclavitud, de desprecio. Mire usted que en Chiapas, antes de la revolución zapatista, se le prohibió a los indios caminar por las veredas. De manera que es una lucha imperativa, una lucha de justicia y una lucha de todos los días. La situación del indígena requiere

respeto y requiere protección. Hay que hacer que el mundo indígena latinoamericano entre a los presupuestos del derecho, tenga la protección del derecho y sea partícipe de todas las ventajas y a veces desventajas, lo admito, del progreso. Yo prefiero que una mujer indígena pueda emplear una máquina de lavar y no tenga que ir al río y ponerse de rodillas a lavar las cosas. Ahora, ¿cómo conciliar las ventajas del progreso material con la perseverancia de una extraordinariamente profunda y hermosa cultura indígena? Los indios nos pueden aportar muchísimo a los habitantes de las ciudades. Tienen un sentido de la solidaridad, del ritual, de la vida y de la muerte, del autogobierno que a veces nos falta a nosotros. Yo quisiera que, más que nosotros darles cosas, sepamos recibir de ellos y crear una avenida de doble circulación en que muchas de las ventajas materiales del mundo moderno estén al alcance del mundo indígena, pero que los grandes valores del mundo indígena americano vengan también hacia nosotros, los que vivimos a veces con una pobreza moral e intelectual en las grandes ciudades de América Latina.

Público: *¿Cual es el papel de las humanidades y de la literatura, en especial en el presente que habitamos?*

Carlos Fuentes: Vea usted, viene a preguntarme si creo en aquello que hago, de lo que vivo... Yo creo que una sociedad sin literatura acaba siendo una sociedad sin imaginación. Y una sociedad sin imaginación es una sociedad muerta. Yo me pregunto por qué, en cuanto un régimen dictatorial autoritario llega al poder, lo primero que hace es quemar libros y encarcelar escritores. Debemos tener más poder del que nos imaginamos. Viera usted las piras funerarias de Goebbels y Hitler en la Alemania nazi. El “gulagh” lleno de escritores soviéticos. Los escritores chilenos, cantantes, intelectuales, que sufrieron bajo la dictadura de Pinochet en este país. Siempre va el ataque contra la inteligencia, contra el lenguaje, contra la imaginación. Quiere decir que tienen un valor social y un valor político mayor del que solemos atribuirles. De manera que al defender esos valores al nivel más modesto, creo que estamos defendiendo uno de los grandes baluartes de la libertad social.

Público: *Como estudiante de ciencias políticas, mi pregunta apunta a una contradicción que me llama la atención. Hay presidentes como Lagos que se ponen en oposición con los Estados Unidos ideológicamente, pero también hacen tratados*

como el TLC o el ALCA. Y hay políticos en todo el mundo que se comportan así. Yo quiero saber cómo se podría superar esta contradicción en el comportamiento de estos políticos, pero también la contradicción que hay entre los pueblos, que muchas veces no están de acuerdo con un comportamiento así. Entiendo la presión económica que hay para hacer tratados comerciales, pero no entiendo cómo se puede ignorar la opinión del pueblo y pienso que la lucha sería mucho más fuerte si trabajaran los políticos con los pueblos.

Carlos Fuentes: Bueno, yo no conozco un solo tratado de libre comercio que no haya tenido que pasar por el Congreso Nacional de los países latinoamericanos, de manera que no creo que se haga a espaldas de los pueblos, en la medida que los congresos son representativos de la sociedad. No va a ser posible que vivamos como vivió Albania, en los Balcanes, encerrados. La *albanización* del mundo se acabó.

Vamos a tener que contar con la globalización, que incluye acuerdos de libre comercio, que debería excluir medidas proteccionistas. En consecuencia, cosas que he criticado con anterioridad. Pero debemos buscar las ventajas de estos acuerdos, de esta globalización, en beneficio de lo que he insistido, que es la solución básica de nuestros países desde abajo. La necesidad, a pesar de todos los acuerdos comerciales y de todas las obligaciones internacionales imaginables, de aplicarnos al trabajo de darle salud y ocupación a las mayorías de nuestros países, de construir desde abajo hacia arriba, sin despreciar lo que se pueda hacer de arriba hacia abajo. Una de las décadas más trágicas del siglo XX fue la de los años treinta. Vino la catástrofe económica, el *crack* del año 1929, y las respuestas fueron terribles. Fue el surgimiento del nacionalsocialismo en Alemania, el fascismo en Italia, el militarismo en Japón, el estalinismo en la Unión Soviética, la terrible guerra de España, la debilidad timorata de las democracias europeas occidentales, la Gran Bretaña y Francia. Porque bastante he criticado a los gringos hoy, déjenme decirles una cosa a favor de ellos: el presidente Roosevelt y el Nuevo Trato son los únicos que se salvaron del desastre apelando al capital humano de los Estados Unidos, apelando a un mercado interno, soluciones desde abajo, soluciones de trabajo, creación de empleo, creación de cultura; es decir, dependemos ante todo de nuestro pueblo, de ese inmenso capital humano que tiene los Estados Unidos y que tenemos noso-

tros, sólo que nosotros no lo empleamos suficientemente, estamos siempre esperando que el consenso de Washington, el FMI, alguna luz que viene del exterior a salvarnos, nos dé la salud. Y no nos damos cuenta que la salud la tenemos adentro, que tenemos que trabajar desde adentro, para crear naciones prósperas, libres y democráticas. Yo voy a una cosa más en su crítica de la política. Yo me considero como ciudadano de izquierda, siempre he estado en la izquierda y creo que me moriré en la izquierda. Pero en una izquierda crítica; después de las terribles experiencias del siglo XX, sobre todo el estalinismo, la abyección de muchos de los partidos comunistas durante el siglo XX, yo me alinee con una izquierda crítica de la izquierda. Creo que el deber de la izquierda, aun cuando llegue un gobierno de izquierda al poder, es que fuera de ese gobierno haya una izquierda capaz de criticar a ese gobierno de izquierda, para que la izquierda siga siendo izquierda. Por esa izquierda voto y creo que usted también. Muchas gracias.

TRANSFORMACIONES CULTURALES

Cristian Warnken: “*Je est un autre*”, dijo un adolescente Arthur Rimbaud en el siglo XIX. ¡Qué frase!: “yo es un otro”. Fue un golpe mortal para Occidente. Algunos sostienen que ese gesto fundó la modernidad, la de mil rostros y máscaras y “otredades”.

A la luz de ese relámpago poético genial, sostengo que Rimbaud debió haber nacido no en Charleville, esa pequeña ciudad ardenesa francesa, sino en México D.F. “Órale, qué chingada” –dirá alguien–. ¿Rimbaud paseándose por la Avenida Insurgentes? ¿Y por qué no? Todo se puede, con ardiente paciencia. Y si hubiese nacido en México D.F., se habría llamado Iska Cienfuegos, el maldito personaje de “La región más transparente”. ¿No fue Artaud quien al pisar suelo mexicano dijo que el surrealismo ya existía allí antes de ser inventado en Francia?

Sí, porque esa frase de Rimbaud ya la llevaban en la sangre los dioses mexicanos, y la continuaron llevando los grandes artistas mexicanos –Rulfo, Leonora Carrington, Xavier Villaurrutia y José Goroztiza, Alfonso Reyes–, quienes nos han enseñado que la realidad, más que ese “logos” importado desde Europa, es una danza entre el mito, la realidad, el pasado, el presente, tú, yo, todos. No es de extrañar que de pronto nos encontráramos con la vieja alcahueta. Celestina, paseándose por una calle de París del 68, a Felipe II husmeando en esta Moneda chilena. Y ¿por qué no? Que post moderno –me dirán...–, “pos, no”. Digamos más bien que mexicano. Y al *pinche cabrón* que no me crea, que se lea a Rulfo.

Lo que Foucault, Derrida y otros deconstruccionistas aburridamente teóricos han proclamado a todos los cielos y a todas partes como una gran novedad, ha existido en México desde siempre. Y como una experiencia, como la realidad de base, sin necesidad de todo ese espantoso metalenguaje trasnochado que tanto daño ha hecho en estos lares.

Y Carlos Fuentes es la posta de esa gran tradición y a través de visiones, epifanías, éxtasis, imágenes en todas sus novelas, nos ha hecho vivir esa “otredad” antes que se convirtiera en un concepto de moda, manoseado por cierta “intelligentzia” que prefiere endiosar las teorías europeas antes que escuchar a los propios dioses.

Porque Artemio Cruz, eres tú, yo y él. Porque Tácito de la Canal está aquí, yo. Velásquez nos ve y al vernos nos hace. Quijote nos lee y lo leemos. Eso nos ha enseñado Carlos Fuentes.

Nuestra tierra, la “terra nostra”, es eso: una tierra de rostros que cambian, un río de rostros y espejos y máscaras.

Aquí mismo en este lugar, los rostros de ayer y de hoy se juntan. Puedo ver entre ustedes el rostro de Marmaduke Grove, de Oscar Schnake, de José Donoso, de Balmaceda. ¿Por qué no? Eso nos ha enseñado la tradición literaria mexicana y Carlos Fuentes en sus novelas y en su reflexión sobre la novela.

Fuentes ha dicho que imaginar es el verbo más importante de todos los verbos, más que creer y más que pensar. Permítanme imaginarme que está aquí con nosotros, recibiendo a Carlos Fuentes, uno de los poetas chilenos que quizás más admiro: Eduardo Anguita. Anguita no viajaba y le tenía pavor a los aviones, y viajó una sola vez en su vida, como Agregado Cultural en México. El estuvo en Ciudad de México con Braulio Arenas, los dos durmiendo juntos, el poeta metafísico católico y el surrealista.

Cuando estuvo en México, Eduardo Anguita sintió ese poder impresionante de la transformación, del cambio de identidad que produce México apenas uno pisa esa maravillosa tierra. Lo mismo que le ha ocurrido a uno cuando lee y entra en las novelas de Carlos Fuentes, cómo se nos mueve el piso y cambia nuestro pasado y nuestro propio yo:

Y dice Anguita:

“Yo desperté una noche enflaquecido
y más desnudo aún de lo que estaba,
qué vigilia feroz me despojaba
de todo mi pasado y mi vivido.

Miré lo madre de donde he venido
y era un recuerdo que se me olvidaba.
Rostro desierto, polvo, nubes, lava,
olvido del recuerdo, del olvido.

No supe si eran sueños que veía
o si estaba cegado en pleno día,
si era vestido bien desolladura.

Sólo sé que quedé sin nacimiento,
arrojado al dominio del momento,
sin edad, sin pañal, sin sepultura.
Que nos quiten la madre, madre mía,
y nos den otra madre forastera,
y en vez de pena que nos dé alegría
y que nos guste más que la primera.

Quién te desnuda así, manos amantes,
mano materna o mano violadora,
pasión mortal de madre por tenerte
sumergido en su vientre desde antes?
Ay, que un dolor antiguo lo sea ahora,
no lo pregunto más, México, muerte,
México, muerte, amante, nuevamente
nazco con un dolor ya soportado,
de repente me nace otro pasado
y me nace otra madre de repente”.

Bienvenido a Chile, Carlos Fuentes

Transformaciones Culturales

Excelentísimo señor Presidente de Chile, don Ricardo Lagos,

Señoras y señores:

No oculto mi emoción al regresar a Chile, hogar de mi primera juventud, espacio de mi reconocimiento ibero-americano, patria poética de un lenguaje compartido, plaza de libertades que han de conquistarse día tras día.

Tampoco oculto la satisfacción de ser recibido en el Palacio de La Moneda por un mandatario democrático que a su personalidad política añade un pensamiento humanista y un compromiso social que son el mejor padrino imaginable para mis palabras esta noche.

El mundo globalizante, contra toda evidencia, nos ofrece visiones demasiado sonrientes que dejan de lado las agendas, no del pesimismo, pero sí, para parafrasear a Oscar Wilde, de un optimismo bien informado.

Ricardo Lagos ha sido una voz de advertencia y de proposición que, sin negar ninguna faceta de la racionalidad económica, jamás permite que ésta se disocie de la realidad humana en que la economía debe sustentarse para ser, en efecto, tan feliz como Montesquieu la quería y menos abismal –*the dismal science*– de lo que Carlyle la imaginaba.

Ricardo Lagos nos honró, a Gabriel García Márquez y a mí, atendiendo a nuestra invitación para impartir la Cátedra Julio Cortázar en la Universidad de Guadalajara. Allí, Lagos nos advirtió que en Latinoamérica no hay recetas fáciles. Lo que debe haber es un esfuerzo constante para asegurar que el desarrollo económico tome en cuenta los objetivos sociales. Las sociedades se hacen a partir del ciudadano. Empresario y trabajador. Artista y receptor. Gobernante y gobernado. Es decir: la ciudadanía nos abraza a todos. Este mensaje del Presidente Lagos en la Cátedra Julio Cortázar se amplificó el año pasado con la Conferencia de la Gobernanza Progresiva en Londres, cuando el Presidente de Chile nos recordó que el concepto integral de desarrollo no es mero complemento de políticas de gobierno, sino que abarca la acción ciudadana, el bienestar social y el empleo del capital humano.

Ricardo Lagos será presidente de Chile por el período constitucionalmente acotado. Pero fuera ya de este Palacio de La Moneda que tan generosamente me recibe, Ricardo Lagos seguirá siendo ciudadano del mundo y guía de Iberoamérica.

Muchas gracias por la hospitalidad.

Señoras y señores: dedico estas palabras, en su centenario, a Pablo Neruda.

TRANSFORMACIÓN: El Diccionario Oxford de la lengua inglesa la define como un cambio de la forma, una alteración.

Es un término físico: cambiar una forma de energía por otra.

Es un término eléctrico: el cambio de corriente.

El Diccionario de la Real Academia Española otorga a la palabra todas las anteriores connotaciones, y algunas más.

Un transformista es un actor capaz de efectuar rápidos cambios de apariencia en el escenario. Y, finalmente, transformismo es, simple pero esencialmente, el arte de todas las especies en proceso de adaptación a nuevas circunstancias.

Sí, debiésemos traducir todos estos significados de la palabra *transformación* a la esfera de la cultura.

Primero, que las culturas viven en constante transformación.

Una cultura rígida e inamovible sería una cultura muerta.

Las culturas viven porque se mueven, viajan, le dan la mano a otras culturas, son abrazadas por otras culturas y, al hacerlo, van transformando pero también enriqueciendo sus perfiles originales.

El movimiento de las culturas ocurre en el tiempo y la más bella definición de lo temporal se la debemos a Platón: cuando la eternidad se mueve, la llamamos tiempo.

Y al moverse, el tiempo genera formas de relación entre seres humanos dentro de una comunidad. Significa, como lo define Ernest Gellner, compartir sistemas, ideas, signos y asociaciones, así como maneras de conducta y de comunicación.

En este sentido primordial, la cultura precede a todas las demás formas de asociación; familia, tribu, nación, Estado.

Pero apenas se mueve, una cultura se encuentra con otras, pues en las palabras de José Ortega y Gasset, la vida es ante todo un conjunto de problemas a los que damos respuesta con una galaxia de soluciones a las que llamamos “cultura”.

Dado que muchas soluciones son posibles, muchas culturas han existido y existen. Lo que nunca ha existido es una cultura absoluta capaz de responder con éxito a todo problema.

Lo que para mí subyace a estas aproximaciones diversas a la idea de cultura es que hombres y mujeres somos seres insatisfechos. Creemos resolver los enigmas de la existencia sólo para descubrir que la solución del enigma es un nuevo enigma.

Nos sentimos enajenados de la realidad e inventamos formas para reintroducirnos en ella sólo para descubrir de nuevo que, al hacerlo, hemos transformado aquello que, hasta entonces, habíamos creído era una realidad perfectamente circunscrita.

Recordamos, porque tenemos un pasado.

Deseamos, porque tenemos un futuro.

La vida es transformación constante de lo lunar y de lo linear en centros mutantes desde donde irradiamos tanto nuestro sentido del pasado como el del futuro, mediante memorias, proyecciones, espirales, eternos retornos, ciclos y senderos que se bifurcan.

Parto de la convicción de que no hay creación sin tradición que la nutra. Pero, también, de que ninguna tradición pervive si no la enriquece una nueva creación.

Soy consciente de que toda cultura, dependa de identificaciones locales o adquiera mayores significados universales, vive gracias a esta tensión vital entre tradición y creación. La América Latina es territorio particularmente rico para explorar la relación entre tradición y creación, entre continuidad y transformación cultural, entre raíces y movimiento.

Raíces: ¿Existe una cultura aboriginal de las Américas?

Para empezar, permítanme recordar que todos los inmigrantes en el Hemisferio Occidental, desde los primeros seres que cruzaron el Estrecho de Bering desde Asia, hace sesenta o treinta mil años, hasta el último trabajador indocumentado que anoche cruzó la frontera entre Tijuana, México, y San Diego, California; sin olvidar a esos ilustres inmigrantes, los puritanos ingleses que desembarcaron en Plymouth..., sin pasaportes o permisos de trabajo, en 1620; en verdad, en las Américas todos venimos de otra parte. Todos descendemos del movimiento y de la transformación. Radicamos nuestras tradiciones previas en nuevas y pródigas tierras.

Tomen ustedes el caso de “Latinoamérica”, una denominación que sirve de encubrimiento general para el hecho de que somos Indo-Americanos, Afro-Americanos, Euro-Americanos y, al cabo, mestizos, un arcoiris racial, un genuino *melting pot* del Río Bravo a la Patagonia, que abarca quinientos millones de seres humanos que no deben lealtad solamente a sus identidades nacionales, sino, aún más, a sus amplias y profundas raíces culturales.

La historia de Latinoamérica es la de un desenmascaramiento gradual de identidades falsas a fin de revelar nuestras verdaderas facciones en el espejo de una diversidad múltiple, generosa y exigente, comparable al de las tropas de Emiliano Zapata que, al ocupar la ciudad de México en 1915, fueron acantonadas en las mansiones de la aristocracia fugitiva y, allí, se vieron por vez primera en espejos de cuerpo entero.

“Mira, soy yo. –Mira, eres tú. –Mira: somos nosotros”.

Iberoamérica –una denominación acaso más exacta que “Latinoamérica”– nació de una catástrofe histórica: la conquista y colonización de las tierras aborígenes por los imperios español y portugués. Una catástrofe que se tradujo en la muerte –física y cultural– de civilizaciones tan monumentales como las de México y Perú o tan mínimas como las del Caribe y el Amazonas.

Sin embargo, nos dice la filósofa española María Zambrano, una catástrofe sólo es catastrófica si de ella nada nace. Pero de la catástrofe de la conquista ibérica de las Américas, nacimos todos nosotros.

La mayoría hablamos español y portugués, aunque numerosas lenguas indígenas sobreviven en tradiciones diversas y sobre todo orales. Y la lengua española demuestra su potencia en la escritura y el habla cotidianas de Puerto Rico, como bien lo saben mis queridos amigos Roberto y Carla Torretti.

La mayoría somos católicos, pues en América Latina hasta los agnósticos son cristianos. Tal es la fuerza de la cultura de la cristiandad, especialmente porque supo admitir el sincretismo con las creencias indígenas primero, y africanas enseguida.

Pero aunque la mayoría somos católicos en ese sentido, también mayoritariamente apoyamos al Estado laico, convencidos de que la separación de la Iglesia y el Estado ha sido, en Occidente, la piedra angular de la democracia. Y allí donde dicha separación no prosperó, formas externas de dictadura política y religiosa, como el césaropapismo, la identificación de la Iglesia y Estado, como sucedió en Rusia, dañaron severamente la posibilidad democrática.

La mayoría somos de raza mixta, dado que los blancos, negros o indios puros son minoría en términos absolutos, aunque Bolivia y Guatemala son más indias y Argentina y Chile más blancas, en tanto que México es una variación plenamente indoeuropea y Brasil, plenamente afro-europea.

Tal es nuestra fuerza. Nuestra convicción de que toda cultura es su propia verdad, pero siempre en relación con la verdad de los otros.

Nacidos de antiguas poblaciones indias, transformados por tres siglos de gobernanta colonial y mestizaje racial, nuestro drama latinoamericano fue que, al alcanzar la independencia a principios del siglo XIX, nuestras élites culturales y gobernantes decidieron despegarse de las tradiciones negra e india, consideradas bárbaras, y de la tradición ibérica, considerada opresiva. Y todas ellas –indígena, negra e hispánica– regresivas.

De modo que decidimos hacernos instantáneamente modernos, imitando las máscaras del progreso y de la modernidad ejemplificadas en las leyes y costumbres de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América. Nos convertimos en República Nescafé, creando leyes y constituciones, dijo Víctor Hugo, hechas para los ángeles, no para seres humanos.

Pero debajo del barniz de la moda, las fachadas legales y las formas post-coloniales de la servidumbre comercial, una serie prácticamente ininterrumpida de regímenes dictatoriales apoyados en el latifundio y la riqueza minera, se sentaron encima de la masa de los iletrados, de los oprimidos, los desposeídos que eran también, ciertamente, los depositarios de las más viejas tradiciones, evolucionando, a su vez, en novedades musicales, de lenguaje, rito, cocina y religión.

La identidad moderna de la América Latina se ganó gracias a un lento redescubrimiento de los perfiles ocultos de nuestras tradiciones –indígenas, africanas, europeas, mestizas– que nos han convertido, en palabras del historiador y diplomático francés Alain Rouquié, en el Extremo Occidente. No el lejano sino el Extraño Occidente, ¿Occidente?, ¿o Accidente?

La afirmación de una identidad latinoamericana en el siglo XX, más allá de las modas puramente imitativas del siglo XIX, fue el resultado de la triple afirmación de nuestra herencia.

En primer lugar, éramos dueños de una herencia indígena que podía no sólo transformar sino identificar y modernizar nuestras identidades presentes, como sucede en las novelas del escritor guatemalteco y premio Nóbel de Literatura Miguel Ángel Asturias, o en la música de los compositores mexicanos Revueltas, Chávez y Moncayo, además de nuestros pintores Tamayo y Toledo.

Es más. Junto con estas recreaciones modernas de nuestra herencia indígena, nos hacía falta redescubrir la belleza misma de la poesía náhuatl y maya original, su inmensa devoción por la vida pasajera, así como por la muerte como parte integral de la vida.

Sólo hemos venido a soñar
No, no es cierto que hemos venido a vivir...
Pero yo soy un poeta

Y al cabo he entendido:

Escucho una canción, veo una flor
Ay, que ellas jamás perezcan!

Esa tensión entre el paso de la vida y la permanencia de la poesía jamás se divorcia de una concepción cósmica, constantemente renovada, de la creación del mundo por “el Hacedor, la Soberana Serpiente Emplumada, Corazón de la Laguna, Latido del Mar”, “dadora de aliento, origen de vida”. Y sólo entonces el mundo surge y fue “sólo la palabra la que lo creó”, dice el Popol Vuh, el libro sagrado de los mayas.

Pero, en segundo lugar, lo mismo podría decirse de nuestra tradición afro-americana, presente en las novelas del brasileño Jorge Amado, del cubano Alejo Carpentier y en la suntuosa variedad de ritmos afro-caribeños, del son cubano al merengue dominicano a la cumbia colombiana, sin olvidar los magníficos ritmos del Brasil, de la samba al *bossanova* y del refinamiento de Héctor Villalobos a la popularidad de Caetano Veloso.

Las tradiciones africanas llegaron a nuestras playas en sufrimiento y esclavitud, pero se liberaron y nos liberaron transformando las lenguas coloniales, el español y el portugués, pero también el inglés, el francés y el holandés, en un idioma nuevo y creativo, nacido de la necesidad de los esclavos africanos, privados de sus lenguas nativas y obligados a adoptar y transformar el habla de las colonias, fuese en la creatividad rítmica del Caribe hispano:

Casimba yéré
 Casimbangó
 Yo salí de mi casa
 Casimbangó

Yo vengo a busca
 Dame sombra ceibita
 Dame sombra palo yabá
 Dame sombra palo wakingangó
 Dame sombra palo yengué

Sea en el sincretismo anglo-franco-africano de Derek Walkott cuando funde las venas poéticas del Caribe:

Trois jours, trois nuits
lona boilly, lona pos cuitte
(Ná di mamanan -láca)

Tou tou moula catin
Toute mounne ka dir lona toumer
Mauvais i'mauvais lona!

Al tiempo que escucha la “salada música del mar” y ruega, Derek Walcott orando,

Return to me, my language, return...

Sí, india y africana, pero también europea, como en el caso del argentino Jorge Luis Borges quien, además de las europeas, se alimenta de fuentes árabes y judías para sus historias, recordándonos que España y Portugal, los poderes coloniales, eran, en sí mismos, resultado de invasiones, migraciones, contagios de múltiples culturas: filosofía griega y derecho romano, pero también la literatura de España en su tránsito del latín al castellano vernáculo.

Si hoy hablamos español es porque los sabios judíos de la corte de Alfonso el Sabio en la Castilla del siglo XIII insistieron en que las leyes y la historia de España fuesen escritas en castellano, la lengua del pueblo, en vez de latín, lengua de la clerecía.

En tanto que la presencia del Islam en España, que duró siete siglos, nos dio por lo menos un tercio de nuestro vocabulario: alcázar, alberca, almohada, azotea, naranja, limón, ajedrez, alcachofa; al tiempo que devolvía a Europa los textos olvidados de la filosofía griega, perdidos durante la Primera Edad Media, así como a España en América, la originalidad y belleza de la arquitectura árabe. (No hay desgracia mayor, dice el dicho, que ser ciego en Granada. Abramos los ojos a Granada.)

Pues, cómo podemos hoy mirar con indiferencia la sangre derramada del Mediterráneo Oriental sin sentir el dolor de nuestra propia sangre, la sangre de los pueblos semitas, las dos culturas fraternas a las cuales les deberemos siempre nuestro origen y descendencia, árabes y judíos.

Con todas estas tradiciones –indígenas y africanas, mediterráneas y, al cabo, mestizas– adquirimos una identidad durante el siglo XX, de México a la Argentina y Chile. Pero entonces aparece, una vez adquirida la identidad, una nueva tensión.

La Revolución Mexicana de 1910, pongo por ejemplo, representó un redescubrimiento del ser propio –la narración de la nación– pero aún entonces nos percatamos de que hasta los pintores más nacionalistas estaban en deuda, por más que lo negasen, con las tradiciones europeas: Rivera con Gauguin, Orozco con el expresionismo alemán, Siqueiros con los futuristas italianos, en tanto que el cine mexicano fue marcado para siempre por las imágenes del ruso Eisenstein en su *Que viva México*.

De suerte que nos encontramos situados entre las imitaciones, derivativas del siglo XIX y el nacionalismo patriotero del siglo XX. Un personaje del novelista mexicano Ignacio Solares satiriza el dilema cuando exclama:

“Yo soy puro mexicano. No tengo nada ni de indio ni de español”.

Pero otra exclamación, ésta debida a un crítico literario de los años cincuenta, pone de manifiesto el ridículo del chovinismo extremo:

“Quien lea a Proust –proclamó– *se proustituye*”.

Como de costumbre, el más grande humanista mexicano del siglo XX, Alfonso Reyes, puso las cosas en su lugar:

“Seamos generosamente universales para ser provechosamente nacionales”.

Sin duda, adquirir una identidad es tan importante como adquirir un nombre. Es, si ustedes quieren, una forma de bautismo espiritual.

Pero una vez adquirida la identidad surge el peligro del chovinismo de considerar nuestra cultura superior a la de los demás. El peligro de la xenofobia: el odio hacia aquellos que no comparten nuestra cultura, al grado, a veces, de exterminarlos. Los peligros del aislamiento: proteger las adquisiciones de la cultura nacional de influencias foráneas, asegurando así que la cultura local se secará como una planta sin agua.

¿Qué sigue, entonces, al camino empinado y vigoroso que nos conduce a la identidad nacional, a fin de superarla fortaleciéndola?

La respuesta, a mi parecer, se encuentra en una palabra más cercana que opuesta: la diversidad.

En Latinoamérica sabemos quiénes somos. Un mexicano sabe que él o ella son mexicanos, como lo saben de sí mismos los brasileños, o los chilenos.

No hay dudas. Éste ya no es un problema.

La cuestión hoy, a diversos niveles, es saberse mover de la identidad adquirida a la diversidad por adquirir el valor de la diversidad, tanto en la América Latina como en los Estados Unidos, se ve inmensamente fortalecido por la variedad de lo que podríamos llamar “culturas fronterizas”. La experiencia mexicano-norteamericana del teatro de Luis Valdez o de la literatura de Sandra Cisneros.

La experiencia cubano-norteamericana de escritores como Cristina García y Oscar Hijuelos, o la experiencia ricano-americana de novelistas como Rosario Ferré y Luis Rafael Sánchez en Puerto Rico.

La América Latina se encuentra en un cruce de caminos.

En términos generales, hemos superado la era de las brutales dictaduras militares. La mayoría de nuestras naciones son democráticas. Pero no todos tienen fe en nuestros gobiernos democráticos.

¿Por qué?, porque los beneficios atribuidos a la democracia, a veces ingenuamente, no están allí: una vida mejor, salud, alimento, educación, protección, trabajo, expectativas en alza...

Y es cierto. Salvo algunas áreas de luz, la mayor parte de los indicadores demuestran regresión en casi todos estos frentes.

Nuestros males sólo pueden ser superados si le atribuimos a la democracia algo más que una definición estrechamente política que la reduce, a veces, a un mero, aunque indispensable, evento electoral.

La democracia debe significar, desde luego, el Estado de derecho, la justicia distributiva, el crecimiento económico y el combate contra la corrupción y el crimen

organizado. Pero también significa, junto con la diversificación política y la cultura de la legalidad, el respeto debido a la diversidad sexual, religiosa y cultural.

Significa cuidado del anciano, cobertura médica universal, educación vitalicia. Significa derechos de la mujer.

Y significa fortalecer las oportunidades para enseñar, practicar y representar las artes. Pues las artes son, y continuarán siendo, el fundamento mismo, así como el testimonio, el termómetro, la prueba de resistencia y la esperanza de desarrollo, de la sociedad en su conjunto.

La mitad de la población latinoamericana –doscientos millones de personas– tienen veinte años o menos. Toda proposición viable –política, económica o cultural– debe tomar en cuenta este hecho tan simple, tan impresionante y tan complejo. El nuestro es un continente de jóvenes y no podemos proponer o responder a cuestión alguna relativa al mundo de la creación artística, sin preguntarles a los jóvenes y preguntarnos a nosotros mismos, como lo hace Martín Hopenhayn:

¿Podemos ubicar el centro ciudadano en sociedades con niveles tan contrastantes de educación y riqueza?

¿Podemos colmar la brecha de expectativas en sociedades con ritmos tan discontinuos de desarrollo?

¿Sabremos comprender la resistencia juvenil a los modelos predominantes de entretenimiento, consumo, ambición, bienestar y belleza despojados de contenido moral?

¿Qué valores ofrecer, qué importancia colectiva otorgar a la aún anónima cultura urbana juvenil en Latinoamérica?

Y al cabo, ¿son estas preguntas privativas de los latinoamericanos? ¿O acaso las formulan miles, quizás millones de jóvenes que reaccionan de modos a veces indirectos, a veces muy directos, a los desafíos creativos de la cultura en todo el mundo?

Nuestro mundo.

Un mundo donde la más rápida difusión de la información coexiste con la más grande catarata de la desinformación.

Un mundo donde se celebra el libre comercio pero se practica el proteccionismo.

Un mundo que consagra el libre movimiento de las cosas pero condena el libre movimiento de las personas.

Un mundo donde el 20 por ciento de la población mundial consume el 86 por ciento del producto mundial.

Un mundo donde se malgastan cada año 800 mil millones de dólares en armamentos, pero no se encuentra la suma necesaria –seis mil millones anuales– para sentar a todos los niños del mundo en un pupitre escolar.

Este constante desafío de la vida se convierte en centro neurálgico de la cultura, dado que la manera de instalarnos en el mundo implica que modificamos el entorno y nos vemos obligados a comunicar dicha experiencia. Lo cual significa que debemos interpretar el acto de vivir en el mundo.

El más grande dramaturgo español de todos los tiempos, Calderón de la Barca, lo expresó sucintamente:

Hombres que salís al suelo
por una cuna de hielo
y por un sepulcro estáis,
ved cómo representáis...

En efecto, ¿cómo representarnos? Yo propondría la siguiente respuesta: Creando un mundo próximo al mundo, un universo contiguo al que creemos conocer.

¿Por qué?, porque el mundo que es no basta. Requiere un inmenso esfuerzo para seguir siendo, es decir, para seguir actuando y ello sólo lo asegura la más ancha definición de la creatividad cultural.

Nada reniega de este deber, tanto de vivir al mundo como de crearlo, como la falaz teoría del *Fin de la Historia*, que cómodamente nos adormece para creer que no tenemos nada más que decir o hacer, excepto aceptar el *status quo* y asentirle a la nada, habiendo alcanzado una especie de estado matrimonial beatífico entre el capitalismo y la democracia.

Pero dado que el capitalismo no siempre es democrático –caso de China– ni la democracia capitalista –como lo atestiguan múltiples formas de actividades del tercer sector y organizaciones no lucrativas de la sociedad civil que, sólo en los Estados Unidos dan cuenta de la mitad de los haberes del gobierno federal, sumando dos millones de organizaciones que a su vez cuentan con el tiempo y el apoyo de 95 millones de personas o sea el 51 por ciento de la población de ese país–, debemos sospechar que los proponentes del fin de la historia no quieren realmente enterrar a la historia sino vendernos otra historia ajustada a sus propios intereses y dependientes de que, en palabras de C. Wright Mills, nos convirtamos en “robots alegres”. O, como famosamente lo ha expresado Neil Postman, “divertirnos hasta morir”.

Las manifestaciones de la cultura, en ese sentido, son un llamado constante, a veces necesariamente revulsivo, chocante, incluso ríspido y escandaloso, de impedir nuestra muerte por causa de diversión. *That's entertainment!*

En un mundo perfecto, lo que decimos sería idéntico a lo que hacemos.

Como esto no es así, vivimos nuestras vidas como seres problemáticos que afirmamos a la vez que trascendemos los problemas mediante la interpretación, en el sentido más lato, de nuestras facultades, nuestro lenguaje mental y corporal pero siempre imaginativo. Somos los mediadores entre el sentido y la percepción.

El arte nos dice que podemos conocer al mundo. Pero, enseguida, debemos imaginarlo.

La imaginación es el nombre del conocimiento en el arte.

¿Qué mundo debemos imaginar hoy?

En el alba misma de nuestra cultura iberoamericana, el cronista peruano, el inca Garcilaso de la Vega, hijo de madre indígena y de conquistador español, dijo:

“...Mundo, sólo hay uno”.

Semejante afirmación de la unidad humana no podía, dada la naturaleza misma de la experiencia que he querido dibujar en este día, excluir la variedad de un continente que se iba formando mediante el entretejido de culturas muy diversas.

En verdad, la medida de nuestra unidad como seres humanos equivale a nuestra capacidad para admitir la diversidad de los valores humanos.

El problema consiste en que tanto la unidad como la diversidad de valores ocurren en la historia, y la historia no ha concluido. La historia se genera constantemente como tema problemático cargado tanto de peligros como de oportunidades. El peligro de la historia es considerarla como simple colección de hechos y olvidar que es, sobre todo, horizonte de posibilidades.

Claro que la historia puede ser dolorosa. Pero la ausencia de historia sería más dolorosa aún.

Y si el mundo es un escenario, nuestra actuación humana debe tener lugar en ese tablado en el que estamos presentes, semejantes a los actores como seres que están allí indicando que su presente, nuestro presente en todos los sentidos de la palabra (presente como lugar y tiempo, compañía, protección contra el miedo, atención, obsequio) nuestro presente es la espléndida manera que tenemos de valorar tanto nuestro pasado como nuestro futuro.

La representación del presente resucita al pasado porque lo recuerda. Y le da vida al futuro porque lo desea. Tal es la gran verdad universal compartida por todas las culturas del mundo a medida que representan, de nuevo en palabras de Calderón, el interminable drama de la vida y de la muerte.

Pregunto a ustedes: ¿Hay representación —escrita, cantada, bailada, construida— que no recuerde y simultáneamente, desee? ¿Puede la memoria —el pasado— estar ausente del acto del escritor que rememora el lenguaje en el acto mismo de transformarlo?

¿Del cantante o danzante que estará recordando el más antiguo grito de auxilio o de amor cuando representa la obra más novedosa?

¿Del actor que no sólo sirve a una tradición tan antigua como las máscaras de Sófocles al tiempo que debe recordar y repetir las acciones y las palabras de la representación presente como una continuación de la representación pasada, pero obligado a ofrecer unas y otras como vibrante novedad al mismo tiempo?

El teatro dentro del teatro. Hamlet rompe las cadenas del olvido gracias a los actores que pasan por Elsinore... Don Quijote abre la memoria del pasado caballe-

resco atacando el retablo titiritero de Maese Pedro... Calderón y Kleist emplean el escenario como si fuese el filo de la navaja entre sueño y memoria... Woody Allen y Buster Keaton disuelven las fronteras entre espectáculo y espectador. Pirandello cierra el círculo asegurándonos que somos a la vez actores y actuados, lo que hacemos y lo que parecemos hacer...

De tal suerte que, acaso, toda representación ocurre en el suelo doble del recuerdo y el olvido del acto humano, reteniendo y reproduciendo, pero también imaginando y deseando, la plenitud de la vida.

Sí, en un mundo ideal, el hacer sería idéntico al decir. La voz se correspondería exactamente con el acto. Puesto que esto no ocurre, dado que todos nuestros lenguajes –corporales, políticos, artísticos– son objeto de engaño y manipulación constantes, la representación, la creación, la actuación, el darle voz a las realidades alternas –el mundo contiguo al mundo– modifica realmente el entorno, a veces de maneras diminutas, a veces enormes, pero siempre como afirmación de la verdad, como sinónimo de la multiplicidad de nuestro ser.

Un desnudo desciende una escalera.

Una multitud es diezmada por los soldados del zar en las escaleras de Odessa.

Fernando Botero ocupa el espacio mediante una presencia masiva y José Luis Cuevas gracias a una masiva ausencia.

Antonio Webern y Julián Carrillo eliminan el centro tonal... dándonos la libertad de escoger nuestra propia red sonora, como lo hace, también, la secreta música verbal de Gonzalo Rojas y de Nicanor Parra.

Merce Cunningham revela en la danza las emociones más internas mediante los movimientos más externos del cuerpo, tal y como lo hace Antonio Salinas en México, en tanto que el teatro de Antonin Artaud o la compañía Teatral del Automóvil Gris tratan de transformar el gesto en evento, como lo hace Ictus en Chile.

Heisenberg nos dice que la presencia del observador introduce la indeterminación en un sistema físico. ¿Hace otra cosa el novelista mexicano Jorge Volpi o el chileno Antonio Skármeta?

La arquitectura del mexicano Luis Barragán nos permite ver la diferencia entre la tierra –lo que es– y el mundo –lo que puede ser–. ¿Hace otra cosa Germán del Sol en Chile?

Virginia Woolf nos pide sincronizar los setenta tiempos que laten simultáneamente en todo sistema humano normal, igual que el novelista mexicano Juan Rulfo.

En tanto que William Faulkner nos pide recordar que todo es presente, “¿Entienden ustedes?, el presente empezó hace diez mil años”, o hace cien años de soledad, nos diría desde Colombia Gabriel García Márquez, o en Chile, las memoriosas novelas de Arturo Fontaine.

Don Quijote cabalga desde su aldea medieval seguro en la identidad de sus lecturas –y descubre que el mundo lo lee como símbolo de la incertidumbre–, como en la poesía de Vicente Huidobro.

Violeta Parra canta la música chilena de todos los tiempos, en tanto que una anciana chamán mexicana, María Sabina, canta a la noche bajo un incendio de estrellas: Yo soy la luna –yo soy el ave– yo soy el barro –yo soy el río– yo soy el ocelote nocturno –yo soy el alba en las montañas– yo soy la mujer, la mujer, la mujer..

Todos éstos son reclamos a nuestra imaginación que cambian para siempre al mundo porque no se contentan con reproducir o reflejar la realidad, sino que aspiran a crear una nueva y más profunda realidad.

Don Quijote o Hamlet son inimaginables antes de que Cervantes y Shakespeare los creasen. Hoy, no entenderíamos el mundo sin ellos. No nos entenderíamos a nosotros mismos.

No nos entenderíamos porque Hamlet y Don Quijote son figuras de la incertidumbre, de la duda, del cuestionamiento acerca de la presencia y el destino del ser humano en la tierra.

Al orgullo renacentista –todo es posible, incluso la Utopía negada por la realidad renacentista de la destrucción de antiguas culturas americanas, la explotación colonial, las guerras dinásticas y las pugnas entre poderes imperiales– Shakespeare responde trágicamente que los usos sin freno del poder humano pueden conducir

a la ruina y la sangre, y que el hombre del Renacimiento, creyéndose amo del universo, es en verdad poca cosa frente a los poderes desatados del cosmos. La humanidad se pavonea apenas una hora sobre el escenario del mundo, “lleno del rumor y la furia, significando nada...”

Cervantes, al contrario, es el comediante del Renacimiento: Don Quijote cree en la verdad de todo lo que lee sólo para descubrir la verdad de la mentira y arrojar una inmensa mancha –la mancha de la incertidumbre y la duda: ¿son rebaños los ejércitos, son gigantes los molinos?– sobre el mundo dogmático de la Contrarreforma española, la Santa Inquisición y las verdades inamovibles.

Esta capacidad de dudar, de poner en tela de juicio las verdades establecidas y los dogmas intransigentes, nos son más necesarios que nunca en un mundo que se impone con perfiles maniqueos.

El mal maniqueo.

La fácil identificación del bien y del mal, como si el mundo fuese un gigantesco “O.K. Corral” en el cual, claro está, ellos son el bueno y los otros el malo. Y el malo es objeto de exterminio en un supuestamente fatal “choque de civilizaciones”.

No, las civilizaciones no chocan. Se mezclan, se diversifican y enriquecen al mundo.

Es la ideología política y la *hubris* imperial la que alimenta la hostilidad contra el otro.

Por ello es obligación de la cultura vernos en el otro, reconocernos en el otro, reconocernos a mí mismo en él o ella que no son como tú y yo.

Una guerra contra una civilización no tiene solución, salvo el exterminio.

No, no asistimos al fin de la historia.

No, mientras un solo ser humano no le haya dado presencia a lo no escrito, lo no cantado, lo no pintado, lo no filmado, lo no interpretado, lo no representado...

No, la historia aún no termina, porque todavía no hemos dicho nuestra última palabra.

Que es, sin embargo, mi última palabra.

Gracias.

Carlos Fuentes.

Escritor y académico,

Premios Biblioteca Breve (1967), Rómulo Gallegos (1977),
Nacional de Literatura de México (1984) y Cervantes (1987).

DIÁLOGO CON EL PÚBLICO

Moderador: *Bueno, las reglas del juego de estos encuentros consisten en que el público asistente hace sus preguntas por escrito. En este momento estamos recogiendo las preguntas.*

Carlos Fuentes: ¿No es preferible que cada cual levante la mano y pregunte de viva voz?

Moderador: *¿Lo prefiere así?*

Carlos Fuentes: Efectivamente

Público: *Usted nos ha mostrado lo que podríamos llamar los sabores y los sinsabores de América Latina. Yo creo que hoy vivimos una etapa de sinsabores. Usted señalaba que el arte, la literatura, la música y la poesía entregaban imaginación al mundo, pero resulta que en el mundo en que hoy día vivimos esas voces no se escuchan. Lo que se escucha más son las voces que provienen del mundo económico, del mundo de las urgencias, que hacen que una parte considerable de la población de América Latina esté en lo orfandad frente a la posibilidad de un genuino enriquecimiento vital.*

Yo quisiera preguntarle cómo esos sinsabores determinan la historia de nuestros países.

Carlos Fuentes: Creo haber indicado que hay una separación muy evidente en la historia de nuestros países entre la continuidad cultural y la falta de continuidad

en las áreas política y económica. Creo que como creadores de cultura nunca hemos fallado. Hay quienes, como en México, tenemos la fortuna de contar con grandes civilizaciones anteriores a la conquista ibérica, pero incluso a partir de esa conquista ibérica, inmediatamente se empieza a crear una cultura extraordinaria, trátase del barroco americano, trátase de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, trátase de la creación de grandes ciudades, de esta energía extraordinaria que mostró España a lo largo del continente para construir urbes e instituciones.

Lo que nos ha faltado es capacidad institucional para que la cultura esté acompañada de una política y una economía a la altura de nuestra cultura. Ese es hoy nuestro desafío. Yo estoy de acuerdo con usted, es nuestro desafío y tenemos que atenderlo. ¿Cómo lo vamos a atender? No abandonando las tareas de la cultura, de ninguna manera, aunque sean menos notorias, aunque sean menos visibles que los sucesos políticos y económicos, sino manteniendo esa continuidad a la vez que tratamos de trasladarla a las esferas de la economía y de la política.

Creo que estamos en un momento en que tanto la política como la economía de América Latina están en duda, yo no diría que en crisis, exactamente, sino entre grandes signos de interrogación.

El hecho es que después de las dictaduras de la Guerra Fría, de las dictaduras anticomunistas, hemos accedido a gobiernos democráticos en la mayor parte de América Latina. También es cierto que muchos de estos gobiernos no han dado el tamaño y, en los últimos dos años por lo menos, seis gobiernos elegidos democráticamente han debido dejar el poder.

En un país como el mío, México, una encuesta reciente realizada por la revista "Este País", demuestra que el 35 por ciento de los mexicanos preferirían un régimen autoritario. Ese es un espejismo, en el que la lentitud de la democracia, la necesaria lentitud de la democracia, porque sus procesos son siempre más lentos que los del autoritarismo, empieza a crear una falsa ilusión, un espejismo de que los autoritarismos sí pueden resolver los problemas.

Nos incumbe, entonces, hacer un esfuerzo ciudadano. Por eso la importancia que el Presidente Lagos le da al ciudadano, porque es en el ciudadano donde se dan cita los mundos cultural, económico y político. Y será la acción ciudadana la que

logre conjuntar estos factores y acelerar nuestro paso, porque nos es muy urgente acelerar el paso hacia la demostración de las bondades de la democracia en vivienda, en salud, en educación, en infraestructura y en multitud de otras tareas.

El hombre más rico de América Latina es Carlos Slim, un señor que sabe de lo que habla cuando habla de economía, indudablemente, o no sería el hombre más rico de América Latina. Bueno, Carlos Slim respeta totalmente la inversión foránea productiva, no la especulativa. Sabemos que hay una inversión especulativa, que obedece al mandato del héroe de este final de siglo, o principio de siglo, Arnold Schwarzenegger, que es “hasta la vista, *baby*”, o sea, llego y me voy rápidamente.

Hay otra inversión que es productiva y que es bienvenida, pero de nada nos sirve si al mismo tiempo no trabajamos desde la base, si no creamos a la sociedad a partir de la acción ciudadana desde la base, desde la aldea, desde las comunidades más apartadas, desde toda esa América Latina tradicionalmente olvidada. Desde ahí tenemos que trabajar, pero, para regresar a Slim, y tal como él dice, “la pobreza no crea mercado”. Tenemos que ir al sector interno, a la vivienda, a la habitación, a la infraestructura, a fin de crear una demanda interna que justifique la inversión productiva.

Público: *Después de describir lo que ocurre en América Latina, usted hace una defensa muy fuerte del papel que le corresponde al arte, a la creación y a lo cultural, como también al Estado, con el fin de instalar condiciones para que nuestra creación cultural y artística siga adelante.*

Sin embargo, la realidad en la cual nosotros vivimos es que estamos, de una u otra manera, entregados a las exclusivas leyes de mercado.

Mi pregunta al ciudadano y al artista Carlos Fuentes, es la siguiente: ¿Dejaría usted en manos del mercado, del libre mercado, del neoliberalismo, la identidad de nuestro continente y de sus creaciones?

Carlos Fuentes: Bueno, obviamente la respuesta es “no”. Creo que nuestra identidad y nuestro destino dependen de la fusión de una cantidad de factores, entre ellos el económico, el social, el político y el cultural. Todos tienen que irse desarrollando de consuno, porque lo que hemos tenido hasta ahora es un cierto

divorcio entre una continuidad cultural y la discontinuidad económica y política de América Latina. Se trataría de juntarlas lo más posible.

Cito de Norberto Bobbio una idea que me parece muy justa, cuando él habla de que estamos viviendo una época con una economía veloz y una adaptación política muy lenta. Estamos experimentando una distancia muy grande entre el espacio económico y el espacio cultural y político.

Entonces, yo creo que se trata de aproximar lo más posible esos espacios. No creo mucho en las etiquetas. Hemos vivido con etiquetas toda nuestra santa vida, ¿verdad? Marxismo, leninismo, estatismo, neoliberalismo. Es tiempo de acabar con las etiquetas, porque nos facilitan mucho la demagogia, y salir a las calles a gritar en contra de esto o de aquello, pero no resuelven finalmente los problemas.

El asunto es dejarnos de etiquetas y atender seriamente estos problemas, sobre todo el problema de la pobreza en América Latina. Ver cuáles son los instrumentos con los que contamos para sacar de la pobreza a 200 millones de latinoamericanos, porque, vuelvo a evocar a Carlos Slim, no hay mercado en la pobreza, la pobreza no crea mercado.

Entonces, tratemos de reunir nuestros valores, a fin de tener una sociedad de muchos mayores equilibrios que la que tenemos hoy

Público: *¿Cómo ve usted la actitud zapatista en México?*

Carlos Fuentes: Bueno, empiezo por el principio. Mi actitud no es negativa; es crítica, lo cual es distinto. Creo que hay que ser crítico ante prácticamente todo en la vida. El movimiento zapatista no es la perfección, no es el camino de la esperanza total, no es este enorme altar que en gran medida erigió el turismo revolucionario europeo, que es un fenómeno muy curioso que nos afecta en América Latina. Donde hay una revolución, ahí vamos, ahí nos presentamos. No. El fenómeno de Chiapas es un problema muy serio, muy profundo, viene de muy lejos. Esta no es la primera rebelión zapatista. Ha habido rebeliones zapatistas en el siglo XVIII, en el siglo XIX y ahora la que encabezó Marcos, el 1 de enero de 1994, y que fue un despertar de la nación. Todo el país se despertó para decir “hemos olvidado a la población indígena de México. Son diez millones de seres olvidados”. Y ahí se planteó el problema y se inició un proceso que aún no termina.

Entonces, yo creo que el problema ya está planteado y ha habido una serie de tiras y afloja políticos en cuanto a la ley para las comunidades indígenas de México. Hay quiénes se inclinan más por la autonomía de esas comunidades y quienes ven en esa autonomía un peligro de balcanización mexicana. Hay quienes se inclinan por establecer municipios, como en el resto de la República, en el que participen tanto los indios como los mestizos de las regiones indígenas de México. Está todo un tanto estancado, pero el proceso ya empezó y se encuentra en camino.

Yo no creo que fuera un acierto del Presidente Fox darle prioridad a la marcha zapatista al iniciar su gobierno. Se perdió mucho tiempo para iniciativas que eran mucho más importantes, porque incluían el problema de la población indígena. Tal es el caso de la reforma del Estado en México.

Además, ha habido momentos de terrible protagonismo, incluso de tonterías, de parte del subcomandante Marcos. Yo no puedo aceptar, no puedo aplaudir al subcomandante Marcos cuando hace una declaración en defensa de ETA. ETA es una banda de asesinos. ¿Y qué tiene que ver ETA con la situación de los indígenas de Chiapas? Absolutamente nada. Un tremendo error. Sus ataques al Rey Juan Carlos, a Felipe González, no vienen al caso y desvirtúan el movimiento zapatista.

De manera que estamos ante un movimiento que por momentos está un poco en la oscuridad, en el silencio, pero que se volverá a plantear, porque es indispensable plantear la situación de esos millones de indígenas mexicanos.

Hay muchos mexicanos pro-indígenas a quienes uno diría, “bueno, ¿qué es lo que les interesa, que estos millones de indígenas, para ser indígenas puros, permanezcan en la pobreza, permanezcan en la miseria?”. Ah, sí, pero con una gran pureza. ¿O que mantengan, a la vez, sus culturas aborígenes con una serie de factores de modernización? ¿Por qué una mujer indígena chapinca tiene que estar de rodillas lavando cuando puede tener una lavadora automática? ¿Se riñe la lavadora automática con la cultura indígena, me pregunto? Hay gente en México que cree que sí, que la mujer indígena tiene que estar lavando con sus propias manos para ser una buena indígena.

Pues no. Tenemos que aceptar un equilibrio entre los avances que necesitan las

poblaciones indígenas y la identidad de éstas. Tenemos que llegar a ese equilibrio, y reconocer además, que México es esencialmente un país mestizo. Puede dolernos, puede dolernos muchísimo, pero en un futuro no demasiado lejano no va a haber población indígena en México. El proceso de mestizaje en mi países es demasiado poderoso. Y a medida que aumentan las comunicaciones, la presencia política de los grupos indígenas, inclusive las marchas indígenas, se acrecienta también ese proceso de mestizaje. México no es un país blanco, no es un país indígena, es un país mestizo. Y éste va a ser su destino.

Público: *Nuestros presidentes, nuestros países, están buscando desarrollo económico con tratados de libre comercio, o sea, con Schwarzenegger ¿Cómo ve usted la transformación de nuestras culturas en el futuro frente a tratados que parecen convenientes y a lo exigencia de preservar a la vez nuestra cultura?*

Carlos Fuentes: Como mexicano me es muy fácil contestarle, muy fácil: el ilustre señor Huntington, después de su guerra contra el peligro islámico, que fue la penúltima de sus guerras, ha iniciado ahora otra contra la presencia hispánica, y sobre todo mexicana, en los Estados Unidos de América, diciendo: “Cuidado, los hispanoparlantes van a balcanizar a los Estados Unidos, lo van a dividir, va a haber dos naciones, una que habla inglés y otra que habla español”, cosa que debe sorprender bastante a los ítalo-americanos, a los norteamericanos de origen checoslovaco, polaco o ruso, que siguen hablando sus idiomas nativos y que en sus casas mantienen tradiciones y son a la vez buenos ciudadanos de los Estados Unidos. Lo mismo se puede decir de la población hispanoparlante de Norteamérica. ¿Que son muchos? Sí, 30 millones de hispanoparlantes.

Cuando se habla de una invasión cultural de América Latina por los Estados Unidos, la verdad es que yo me sorprendo un poco, porque veo más bien una invasión de la cultura hispanoamericana en los Estados Unidos. No hay 30 millones de latinoamericanos que hablen inglés, pero sí hay 30 millones de norteamericanos que hablan español, y que mantienen valores muy profundos, muy importantes, de cultura, de religión, de costumbres y de cocina, que es un arma formidable que tenemos los mexicanos, porque contra el *ketchup*, pues tenemos la salsa mexicana, y la diferencia es muy, muy grande. Se conquista a través del paladar también.

Huntington cae en una mentira total cuando dice que el trabajador mexicano en los Estados Unidos es un lastre, que es un lastre para los servicios sociales, médicos, etc., que no trabaja, que es vago, que no asciende en la escala social. Todo eso es una mentira falaz.

El gran economista norteamericano, John Kennet Galbraith, ha dicho: “Gracias al trabajador mexicano se cosechan frutas y verduras en Florida, en California, sin las cuales tendríamos que importar estos productos, o tendrían que hacer el trabajo quienes no quieren hacerlo en los Estados Unidos. Necesitamos –concluye Galbraith– al trabajador mexicano”.

El trabajador mexicano puede llegar cruzando el río, ser un mojado, puede llegar con guarachas y aún sin zapatos, pero en segunda o tercera generación, las cosas mejoran mucho para él. Imagínense ustedes, negocios creados por mexicanos sólo en el condado de Los Angeles, no voy más lejos, suman 58 mil en el año 1980 y 275 mil el día de hoy. Un ascenso rapidísimo de la clase obrera a la clase media. Una presencia política cada vez más importante. ¿Por qué en la última elección Bush y Gore tuvieron que chapurrear, hablar un mal castellano, pero hablar castellano, para ganar el voto latino? Y la elección de este año va a probar nuevamente la importancia del voto latino. Los latinos no son enemigos de la nación americana, no son separatistas, no son balcanizadores, entran a formar parte de una cultura multicultural, diversificada, que ha sido, es y será siempre la cultura de los Estados Unidos. Estos son, simplemente, procedimientos de miedo que se inventan de vez en cuando los norteamericanos, porque, después de todo, el capitán Ahab necesita su Moby Dick ¿Dónde está la ballena blanca, dónde está el enemigo? La desaparición de la Unión Soviética los dejó totalmente desconcertados, porque se quedaron sin enemigo. Entonces, hay que inventar otro rápidamente. El último es el inmigrante latino, el inmigrante mexicano, gentes que se adaptan a su sociedad, que crean riqueza, que están ahí para cumplir una función sin la cual los Estados Unidos se detendrían.

Yo pido que durante un solo día, mire usted, un solo día, los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos hagan una huelga de brazos caídos. En tal caso se detendría la economía norteamericana. Y otra cosa muy importante, esos trabajadores pagan más en impuestos de lo que reciben en servicios.

Samuel Huntington: “Go home”.

Público: *Me parece muy interesante su confianza en la fuerza de la cultura latinoamericana, en esta capacidad de permear y de integrarse a nuevas culturas.*

Pero, a la vez, tengo una tremenda inquietud: ¿Cómo hacer para que esa cultura, que tiene ese sustento y ese sustrato de lo tradición, pueda subsistir con esta ilusión democrática de la cultura de la entretención de la que usted habló al principio, o sea, aquello de “entretenernos hasta morir”? ¿Cómo enfrentamos ese cáncer, esa muerte segura, para poder hacer que la cultura de nuestras raíces pueda hacerle frente a la cultura de lo entretención?

Carlos Fuentes: Bueno, siempre ha habido una cultura de la moda. Durante el siglo XIX y principios del siglo XX, América Latina era esclava de la moda francesa. Se hablaba de afrancesamiento, una palabra que nunca he entendido muy bien. Por ejemplo, recuerdo que cuando una señora francesa inauguró una tienda de sombreros en Bogotá, en el año 1850, los periódicos proclamaron “finalmente Bogotá es una ciudad moderna, porque hay una sombrerera francesa”.

Este fenómeno ha sido sustituido por el imperio cultural de los Estados Unidos, que, como todos los aspectos de la globalización, el que usted quiera mencionar, tiene dos caras. La globalización es como Jano, la divinidad romana, tiene una cara buena y una cara mala. Una cara mala es la cantidad de basura informativa que se nos arroja. Pero eso pone a prueba nuestra resistencia cultural. Y nuestra resistencia cultural, lo vengo de decir en la conferencia y lo repito, no depende del aislamiento, no depende de decir “yo soy puro mexicano, no tengo nada ni de indio ni de español”. No quiere decir eso. Quiere decir que estamos abiertos a la multitud de culturas que nos han formado, trátase de la filosofía griega, del derecho romano, de la escolástica, del renacimiento, de las culturas indígenas, de las culturas africanas, de todo lo que ha hecho la cultura de la América indo-afro-europea.

Yo no tengo miedo, porque sé que sabremos separar la basura de los buenos contenidos.

Pertenezco a una generación de escritores latinoamericanos que no habríamos escrito nada sin William Faulkner, sin Ernest Hemingway, sin John Dos Passos.

¿Cómo vamos a negar la enorme potencia de la cultura de los Estados Unidos, de la música de Gershwin, del buen cine de Hollywood, del teatro de Eugene O'Neill o de Arthur Miller? ¿Vamos a negar todo eso en nombre de nuestra pureza cultural latinoamericana, de nuestra virginidad cultural? No. Las vírgenes, a los burdeles; nosotros, a la calle.

Público: *Desde otra vertiente, no tanto de la cultura, sino probablemente desde lo civilización, yo quisiera plantearle lo siguiente. Nosotros en América Latina somos buenos para el relato. Lo imaginación es efectivamente creadora, pero no damos un salto hacia el porvenir, puesto que el mundo que vivimos es un mundo del conocimiento. Y nosotros no tenemos una cultura creativa, porque no hemos dado un salto hacia el corazón, hacia el pensar, hacia la investigación científica, hacia el conocimiento de lo que es el mundo.*

Carlos Fuentes: Creo que su pregunta es sumamente importante. Nos lleva a un terreno en el que hay una enorme falla, en efecto, en América Latina. Quizás usted conoce la estadística, que a mí me parece verdaderamente alarmante: América Latina sólo cuenta con el uno por ciento de los científicos mundiales. ¿Cómo vamos a crear, finalmente, sociedades modernas, entienda usted la modernidad como quiera, si parte de esa modernidad es la presencia del saber tecnológico y de la aplicación de las tecnologías modernas y si sólo tenemos el uno por ciento de los científicos?

Estoy en contacto en Inglaterra con las Sociedades de Alumnos Mexicanos en las diversas universidades británicas. Son dos mil 700. Dos mil de ellos están estudiando técnica, ciencia y tecnología. Pero se están preguntando ¿Qué va a pasar con nosotros cuando regresemos a México? ¿O nos quedamos en Europa para siempre? ¿Hay la receptividad suficiente en México y en América Latina para llevar adelante una carrera de científicos, de investigadores? Por el momento parecería que no, que no estamos creando las instituciones, los receptáculos para la gente que incluso nosotros mismos enviamos al exterior para que aprendan a ser pensadores en las ramas de la ciencia y de la tecnología.

México era el segundo socio comercial de los Estados Unidos, gracias al Tratado de Libre Comercio. Acabamos de perder ese lugar. Ya no somos el segundo socio,

somos el tercero. ¿Quién es el segundo socio? China. ¿Por qué es el segundo socio China? Porque tiene mano de obra más barata que la de México. Pero con una gran diferencia, que China, al mismo tiempo que ofrece mano de obra barata y nos arrebató el segundo puesto en el comercio, está creando una base tecnológica, está formando estudiantes en tecnología, como lo está haciendo la India, como lo están haciendo muchos países asiáticos, cuyos jóvenes estudiantes llenan las universidades europeas y norteamericanas. Es lo mismo que deberíamos hacer nosotros, tener brigadas. Tal como Ortega y Gasset mandó a gente para que se formara en el pensamiento alemán, más o menos en la época de la Primera Guerra Mundial o inmediatamente después, nosotros deberíamos estar enviando brigadas de jóvenes con vocación científica para formarse y con la obligación de regresar y darle una base tecnológica y científica a nuestra vida, porque, sin ello, vamos a quedar siempre en el rezago, vamos a llegar una vez más, como dijo Alfonso Reyes, con retraso al banquete de la civilización.

Público: *Soy un desterrado español acogido en Chile y me pregunto si no debiéramos dar un sentido diferente a la técnica, de manera de no ser meros receptores de cuanto llega a América Latina desde fuera de ella. Me pregunto cómo tenemos que proceder en América Latina para hacer sentir nuestra diferencia. Veá usted, por ejemplo, lo que pasa con nuestra televisión chatarra.*

Carlos Fuentes: Como he dicho a lo largo de la mi exposición, creo que hoy nos incumbe pasar de una identidad adquirida a una diversidad por adquirir. Y ello incluye, desde luego, el problema de la aceptación del interés y de la inteligencia hacia la tecnología moderna. La tecnología no es buena o mala en sí; es neutra. Su bondad o conveniencia depende del uso que se le dé.

Usted me habla de programas de televisión chatarra, pero también hay programas de televisión excelentes. Yo vivo parte del año en Inglaterra y la BBC cumple allí una función extraordinaria de información y de cultura. En México tenemos dos canales culturales, el 11 y el 22, que son magníficos. Yo puedo pasar una noche entera, sacrificando mi hábito de lectura, viendo dos excelentes canales de televisión.

Lo anterior se puede extender a todas las tecnologías. No hay mala tecnología, la tecnología es neutra. Depende del uso que se le dé. Ojalá le demos buen uso en

México, en Chile, en América Latina. Vamos a tener que aceptar las tecnologías, porque no vamos a avanzar sin ellas. Ojalá tengamos la voluntad y la inteligencia suficientes para canalizarlas de una manera creativa, tal como usted lo pide.

Público: Mi pregunta apunta a algo que se le preguntó o dos colegas suyos, que también nos honraron con su presencia acá, José Saramago y Mario Vargas Llosa. José Saramago nos habló de lo democracia, y una de sus conclusiones, alarmante, fue que la democracia pensada como forma de gobierno no era lo que estábamos practicando nosotros, porque lo que tenemos es una partidocracia.

Esa misma pregunta fue dirigida a Mario Vargas Llosa, y él dijo que no tenía una visión tan pura de lo que estamos viviendo, y nos dio algunos ejemplos de los Estados Unidos, Dinamarca y algunos países europeos.

En el año 89, cuando Fukuyama declaró oficialmente el fin de la historia, un poeta rioplatense, Mario Benedetti, le respondió a través de un poema, cuya último estrofa decía: “Está bien, Fukuyama, estamos ante el fin de la historia, pero sólo del primer tomo”.

Entonces, en base a esto, yo quisiera preguntarle qué podríamos hacer para tener una democracia más efectivo en la lucha contra la injusticia.

Carlos Fuentes: Gracias por su pregunta. Yo creo, por lo pronto, que es conveniente evitar cualquier extremismo con respecto a este tema. Creo que la peor de las democracias es mejor que la mejor de las dictaduras, para empezar. Y si parto de esto, es porque quiero mejorar nuestra democracia y hacerla más efectiva.

En México estamos en un proceso muy particular. Después de 71 años de gobierno de un partido único, el Partido Revolucionario Institucional, con sus diversas máscaras, hubo una alternancia en el poder, hubo una alternancia democrática que todos celebramos. Ahora falta la transición democrática en México, y la transición, lo vemos muy claramente, depende de pasar una serie de reformas pendientes.

Aceptemos primero el marco de la democracia y sus virtudes –elecciones libres, prensa libre, información, acceso a la información, todo lo que usted quiera–, pero enseguida démosle el contenido económico y social a través de procedimien-

tos legales. No a través de imposiciones de tipo autoritario, no a través de ausencias casi exangües, como sucede a veces, sino a través de este trabajo ciudadano constante al que se refirió Ricardo Lagos, a través de una participación constante de la ciudadanía. La democracia y la libertad no se le regalan a nadie, se ganan todos los días, y se ganan con acciones concretas. Se ganan con acciones concretas de la clase obrera, de los sindicatos, de la gente en los municipios, en los barrios bajos de las ciudades, en las partes pobres de las ciudades. Se gana con la participación de la empresa, del capital. Se gana con la participación de los intelectuales, de la prensa, de la información. Es decir, con toda la constelación que forma una nación. No seamos excluyentes cuando hablamos de construir una democracia; seamos incluyentes de todas las fuerzas sociales pensantes de un país.

Esa es mi proposición para México y para la América Latina: incluyamos fuerzas, no seamos dogmáticos, no excluyamos a nadie, abracemos a todos, para crear realmente una gran comunidad, porque de eso se trata, de crear una comunidad ciudadana, que es la única capaz de llevarnos adelante y de resolver los problemas muy grandes a los que se enfrenta hoy América Latina.

Lo que propongo es una ciudadanía democrática como solución para los problemas que usted me plantea.



FORO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES
VALPARAISO

CUADERNOS DEL FORO VALPARAÍSO

CUADERNO I

David Held, “Social Democracia Global”, marzo 2004.
Segunda edición, abril 2008.

CUADERNO II

Anthony Giddens, “La agenda progresista”, junio 2004.

CUADERNO III

Manuel Castells, “Estado, sociedad y cultura en la globalización de América Latina,
con referencia a la especificidad chilena”, enero 2005.

CUADERNO IV

Raúl Allard, “Globalización, rol del Estado y relaciones internacionales
en el realismo de Robert Gilpin”, junio 2006.

CUADERNO V

Gøsta Esping-Andersen, “Contra la herencia social”, junio 2007.

CUADERNO VI

Felipe Herrera Lane, “América Latina y sus Desafíos”, octubre 2007.

